CEPAL

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE

Oficina de Montevideo

EMANCIPACIÓN JUVENIL: TRAYECTORIAS Y DESTINOS

NACIONES UNIDAS

20 AGO 1998

Comisión Económica para América Latina y el Caribe
C E P A L
Oficina de Montevideo

EMANCIPACIÓN JUVENIL: TRAYECTORIAS Y DESTINOS

El presente documento ha sido preparado por la CEPAL, Oficina de Montevideo, en el marco del Convenio de Cooperación Técnica entre el Ministerio de Educación y Cultura y la CEPAL. Ha sido elaborado por Carlos Filgueira, Consultor de esta Oficina, con la colaboración de Álvaro Fuentes.

LC/MVD/R.154.Rev.2

junio de 1998

1a. edición, julio de 1998

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) es un organismo regional de las Naciones Unidas, fundado en 1948 y cuya sede se encuentra en Santiago de Chile. En la CEPAL participan todos los gobiernos de la región y su Secretaría tiene por funciones cooperar y asistir a los países y a la región en su conjunto en el proceso de desarrollo.

La Oficina de CEPAL en Montevideo tiene como funciones colaborar con Uruguay mediante la realización de estudios, investigaciones y asesoría sobre aspectos del desarrollo económico y social. Su dirección es Juncal 1305 piso 10, 11000 Montevideo, Uruguay, donde puede obtenerse información sobre sus publicaciones.

RESUMEN

La Oficina de la CEPAL en Montevideo ha desarrollado durante la última década un conjunto de trabajos orientados directa o indirectamente a analizar el tema de la juventud. El libro "Los jóvenes de Uruguay: esos desconocidos" publicado en 1991 fue acompañado de diversos estudios e informes que cubrieron una amplia gama de temas relevantes para el conocimiento de la juventud. La educación, el empleo, el mercado de trabajo, la familia, la pobreza y la marginalidad fueron campos propicios para la exploración sectorial de la cuestión juvenil.

El presente trabajo, realizado en el marco del Convenio de Cooperación Técnica con el Ministerio de Educación y Cultura, se inscribe en dicho proceso de acumulación y complementa otros dos estudios ya publicados, referidos a los temas de las condiciones habitacionales de la juventud y de la participación y percepciones de la juventud en relación a los organismos especializados en la cuestión juvenil, en particular, el INJU.

El trabajo examina el proceso de emancipación juvenil y los diferentes senderos que siguen los jóvenes en su tránsito de la adolescencia a la vida adulta, tomando en consideración tanto el plano objetivo de la transición -o más precisamente la "secuencia de roles"- como el plano subjetivo medido por actitudes y opiniones.

Un supuesto básico del trabajo asume la existencia de ciertas relaciones entre estos dos planos: por una parte, la naturaleza misma de la transición supone la existencia de un proceso continuo de cambio de roles; por otra parte, tales cambios implican el riesgo de resentir las identidades construidas. En otras palabras, el individuo está sujeto a una tensión particular: debe cambiar pero a la vez debe seguir siendo él mismo. En caso contrario, ante las decisiones que permanentemente debe efectuar en su proceso emancipatorio, puede ser arrastrado en cualquier dirección.

El segundo supuesto básico afirma que el ámbito de lo público se constituye en el principal elemento estructurador de la transición emancipatoria, facilitando la consistencia de las decisiones y la estabilidad de las identidades. La educación, el empleo y la estructura de oportunidades, en general, pueden operar como referentes que orientan y organizan las decisiones o pueden fracasar como mecanismos estructuradores. La escasa visibilidad, inconsistencia e ineficiencia del referente público conduce a la incertidumbre y al desconcierto. El pesimismo y la disconformidad son sus más probables resultados.

En diversos capítulos del trabajo se examinan estos resultados llegándose a la conclusión de que en el país, todo indica que el ámbito de lo público viene fracasando en su función estructuradora de la transición juvenil.

Un alarmante índice de disconformidad y pesimismo con respecto a su desempeño en el ámbito público en materia de educación, empleo, e ingresos, es la característica más señalable y preocupante de la percepción juvenil. Naturalmente, ello ocurre en algunos grupos sociales más que en otros. El trabajo examina la particular configuración de roles de cada uno de estos grupos e identifica las situaciones más críticas.

Por último, en un capítulo final se presenta una discusión acerca de los principales tipos de vulnerabilidad identificados y se sugieren algunas medidas de políticas dirigidas a los jóvenes. En particular, aquellas orientadas a quebrar los ciclos de reproducción generacional de las condiciones de mayor precariedad.

ÍNDICE

Página

INTRODUCCIÓN 7

I. EL PROCESO DE EMANCIPACIÓN 11
A. INTERACCIONES: EL CICLO DE VIDA Y EL CAMBIO ESTRUCTURAL 11
B. SOBRE LAS EXPERIENCIAS INTRANSFERIBLES 13

II. EL PROCESO DE EMANCIPACIÓN 17
A. DE LA JUVENTUD A LA VIDA ADULTA: SECUENCIA DE PAPELES SOCIALES 17
B. CAMBIOS SUBJETIVOS: DISCONTINUIDADES 18
C. LAS TRANSFORMACIONES EN EL PLANO OBJETIVO 20
D. JUVENTUD Y FAMILIA 22

III. EDAD Y SECUENCIA DE ROLES 25

IV. LOS JÓVENES DE NIVEL EDUCATIVO BAJO: ENTRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO 35
A. LOS VARONES: PROBLEMAS DE INTEGRACIÓN 35
B. LAS MUJERES JÓVENES: VIGENCIA DE MODELOS TRADICIONALES FUERTES 36

V. EVIDENCIAS INICIALES: GRUPOS DE REFERENCIA, PARTICIPACIÓN E IDENTIDADES 39

VI. SECUENCIA DE ROLES Y DISCONTINUIDADES SUBJETIVAS: ESTUDIO Y TRABAJO 47

VII. CUANDO EL MOMENTO DE LA EMANCIPACIÓN IMPORTA 65

VIII. SÍNTESIS Y CONSIDERACIONES FINALES 79

ANEXO:
1. Emancipación y autonomía: algunos problemas conceptuales 89
2. Evidencias sobre las condiciones de emancipación 91

INTRODUCCIÓN

Es difícil encontrar en la actualidad alguna esfera institucional del país que no haya incorporado a su agenda la cuestión juvenil. Durante los últimos años la problemática juvenil fue objeto a menudo de los principales encabezados de la prensa y de los medios de comunicación, se ha vuelto un tema central de la opinión pública, ha sido materia de tratamiento legal mediante el debate y aprobación de leyes y reglamentos, y ha sido motivo de reformas institucionales y nuevos procedimientos en los organismos involucrados directa e indirectamente con la juventud (Instituto Nacional del Menor (INAME), Ministerio de Educación y Cultura -en particular el Instituto Nacional de la Juventud (INJU)-, Ministerio de Salud Pública, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Ministerio del Interior) y, naturalmente, ocupó un importante lugar en la consideración parlamentaria.

En el centro de atención de la "cuestión juvenil" se entrecruzan preocupaciones de los más diversos signos ideológicos que oscilan con frecuencia en ver a la juventud como un "problema a resolver" o como una "situación a controlar"[1]/. En muchos casos, se trata de percepciones y evaluaciones encontradas cuando no francamente opuestas, aunque todas contribuyen a reforzar la sensación de que se está en presencia de uno de los principales problemas del orden público y del control social. Tampoco es difícil encontrar sobre el tema frases que remiten a lugares comunes y afirmaciones obvias como la tan manida afirmación de que "la juventud es el futuro del país". Todas tienden a resaltar, y eventualmente a depositar, una pesada carga de responsabilidades en los jóvenes al simplificar y reducir los problemas de integración social y marginalidad al desempeño de categorías etarias. Afirmaciones de este tipo confirman, de hecho, que la sobrevaloración de los criterios de edad para distinguir individuos -y problemas- en sociedad proviene, en general, del fracaso en considerar otros criterios alternativos como el desempeño o la performance de los individuos en la estructura social. En realidad, criterios etario son siempre necesarios pero no se les puede pedir que respondan a las preguntas que se formulan en otros planos.

Hay tres procesos que explican la relevancia actual de la problemática juvenil: por una parte, los índices de delincuencia y de violencia ciudadana; en

---

[1]/ Hasta hace algunas décadas, de acuerdo a un criterio exclusivamente etario, existió un consenso indiscutido en que los sectores vulnerables eran la infancia y la adolescencia, además de la vejez. Hoy día parece evidente que la juventud ha sido incluida en los "sectores de riesgo" que requieren algún tipo de tratamiento particular por parte de la sociedad.

segundo término, la incidencia del problema de la drogadicción en determinados sectores sociales, y más recientemente, ciertas manifestaciones juveniles como las movilizaciones y acciones desarrolladas a propósito del debate sobre la reforma educativa[2]/.

El fenómeno de crecimiento de la delincuencia y de la inseguridad ciudadana tiene como uno de los principales protagonistas a la población joven, y además, una de las pocas manifestaciones organizadas de los jóvenes -ocupaciones de liceos- irrumpen en el escenario nacional con medidas y acciones que, para algunos, "se creían superadas". Por estas razones, el clima dominante de la opinión pública, los titulares de la prensa y el debate desatado desde diversas esferas políticas y desde el Estado, se encuentran profundamente influidos por manifestaciones sociales de gran impacto, muchas de ellas proclives al sensacionalismo, pero cuyos referentes corresponden a comportamientos de reducidos núcleos de población juvenil y no de la gran masa de jóvenes.

Desde el punto de vista valorativo, hay también una gama de interpretaciones más o menos formalizadas: las responsabilidades se cargan unas veces a los jóvenes y otras a los adultos. Simplificando los términos, puede decirse que las manifestaciones son evaluadas por algunos como la confirmación de que existen ciertos patrones comunes, propios de la "nueva juventud", tales como la indolencia, el retraimiento, la falta de compromiso, hedonismo, irresponsabilidad, y así por delante. Para otros, los comportamientos desviados son el resultado natural y positivo de una juventud que se revela contra los convencionalismos y opresión de una sociedad adulta, enferma y autoritaria.

Pero más allá de cualquier consideración valorativa e ideológica, conviene no perder de vista que los comportamientos extremos como la delincuencia y la drogadicción constituyen un tipo de problema específico, extremo, de los jóvenes, que no agota la variedad y complejidad de la problemática juvenil de nuestros días. Diversos estudios de la CEPAL referidos directa e indirectamente al tema juventud han mostrado las dificultades que los jóvenes deben enfrentar en el complejo proceso de asumir los roles adultos, acceder al mercado de empleo, obtener un lugar para residir, invertir en su calificación, formar familia y tener hijos.

---

[2]/ Para un análisis de los indicadores de violencia y criminalidad y de los procesos colectivos de construcción social de la problemática juvenil, véase, Kaztman R., Marginalidad e integración social en Uruguay, Revista de la CEPAL No. 62, Santiago de Chile, agosto de 1997.

Estudios precedentes indican que algunos sectores juveniles son particularmente vulnerables y consumen en pocos años los recursos potenciales de inversión en capacitación, o hipotecan alternativas futuras a las que no podrán acceder luego de tomar ciertas decisiones y quedan atrapados en una red de responsabilidades y cargas familiares en condiciones extremadamente desventajosas. Desde el Estado, es posible imaginar estrategias que hagan más fácil el tránsito hacia la vida adulta del "joven común", no del marginal o desviado, cuya problemática, o bien es otra, o bien constituye un desenlace eventual del deterioro o la caída de una condición inicial no marginal.

En su trabajo, Kaztman señala como una premisa central del estudio de la marginalidad que los determinantes de los comportamientos marginales van sumando sus efectos de manera cíclica a lo largo de la vida y de generación en generación. Es este carácter acumulativo de la sucesión de eventos vitales que refuerzan o dan inicio al ciclo de marginalidad, el principal elemento a tener en cuenta en cualquier intento de ataque a la marginalidad[3]/.

Imaginar estrategias de esta naturaleza requiere siempre un tipo de conocimiento necesario para dirigir políticas focales. Pero, con la "cuestión juvenil" se corre el riesgo de cometer falacias similares a las que se encuentran con frecuencia en el tema de la pobreza: la gravedad de las situaciones extremas postergan u ocultan la complejidad de factores y la dinámica cíclica que conduce a tales situaciones. Alternativamente, se corre el riesgo también de transferir indebidamente una problemática crítica, específica, a otros sectores de la población para los cuales no es pertinente.

Esta consideración es importante porque señala los riesgos de cometer una falacia de generalización: atribuir al todo el comportamiento de una configuración particular. Pero es doblemente riesgosa cuando se trata de orientar acciones conducentes a incidir sobre la juventud a través de políticas sociales.

Desde hace dos décadas aproximadamente, se han venido aplicando en la región, políticas de carácter focalizado recomendadas sobre todo por los organismos internacionales como el BID y el Banco Mundial, con el objetivo de mejorar los mecanismos de transferencia ("delivery") y hacer más eficientes y efectivos los programas sociales. Como consecuencia, tanto los diagnósticos, como los estudios y recomendaciones fueron orientados a tratar de resolver las situaciones sociales más críticas o extremas: indigencia, pobreza, marginalidad, delincuencia, drogadicción, entre otros. Poco énfasis -si alguno- se puso en estudiar la problemática de los sectores integrados de clase baja o media baja,

---

[3]/ Kaztman R., Marginalidad e integración social en Uruguay, op.cit. 1997.

de examinar los procesos de caída o descenso social de aquellos que no son pobres, ni los tipos y estructura de vulnerabilidad de los mismos[4]/.

Tal omisión encuentra su legitimación en la gravedad y urgencia por resolver los problemas críticos de los grupos más vulnerables de la sociedad, por auxiliar a los más necesitados, o por eliminar los fenómenos más inequitativos de la sociedad. Debe reconocerse sin embargo que si este tipo de estrategia se vuelve el eje central de la acción social y se afirma como estrategia de largo plazo, quiérase o no, se estará en presencia de: a) una orientación liberal de la política social en la cual el Estado actúa sólo cuando los individuos han llegado al "fondo" (sistema ambulancia) y no actúa en cambio, en el sostenimiento de los individuos en las posiciones que tienen; y b) asume una concepción que ignora la existencia de relaciones propias de la estructura social que son las que establecen los nexos y significados a partir de los cuales se puede comprender el comportamiento tanto de los pobres y los marginales como de los sectores socialmente integrados y sin carencia críticas.

Cuando la condición de extrema precariedad (pobre, delincuente o drogadicto) se vuelve una categoría nominal y no una condición social, o cuando se omite la consideración de las relaciones estructurales como patrones recurrentes de interacción, es imposible establecer cualquier nexo significativo que pueda orientar la política social. Los estímulos (de política) actúan sobre estructuras sociales, no sobre categorías nominales. La aproximación focalizada sobre categorías nominales es, en el mejor de los casos, el primer paso, no el último.

Por esta razón la utilidad de la analogía: si es bueno entender al pobre como parte de un sistema de desigualdad anclado en la estructura social, o como una posición particular de la cual se "entra" y se "sale" no por razones aleatorias sino por procesos bien definidos que es necesario conocer, la misma perspectiva es válida cuando se quiere indagar sobre el tema juventud.

---

[4]/ Para un tratamiento sobre el punto, véase, Filgueira C.H., y Filgueira F., El largo adiós al país modelo; políticas sociales y pobreza en el Uruguay, Arca, Montevideo, 1995.

I. EL PROCESO DE EMANCIPACIÓN

A. INTERACCIONES: EL CICLO DE VIDA Y EL CAMBIO ESTRUCTURAL

El presente trabajo examina el proceso de emancipación de la juventud desde la fase de la infancia hasta la vida adulta. Mas allá de la especificidad de los jóvenes como categoría social, conviene no perder de vista inicialmente que la misma constituye un capítulo particular de un campo emergente de la sociología, conocido como "sociología de la edad". Proposiciones y análisis sobre la juventud se nutren así de un marco más general y abstracto que abarca la totalidad del curso de vida por el que atraviesan los individuos en su proceso de envejecimiento, así como la sucesión de sus etapas particulares. La sociología de la edad comprende dos áreas fundamentales: a) el proceso social de crecimiento -o envejecimiento regular y permanente- que se produce durante el curso de la vida, y b) la edad como un rasgo estructural que caracteriza y distingue las sociedades y grupos en transformación.

La etapa juvenil es un período particular del ciclo de vida individual. Su extensión y características varían según el momento histórico, el tipo de sociedad y el nivel social de pertenencia de los individuos[5]/. Desde una definición social -y no demográfica- se admite que en la sociedad contemporánea existe una distribución en forma de U invertida: la definición de roles sociales es alta en las edades intermedias (adultos) y tiende a bajar en los extremos. Juventud y vejez participan por lo tanto de un rasgo particular: se caracterizan por cierta indefinición en el plano normativo y objetivo de los papeles sociales. La juventud es además, un período de transición hacia la vida adulta. Sin embargo, no es fácil distinguir cuales son los límites inferior y superior de la etapa "juvenil". Sobre bases empíricamente fundadas, se acepta que estos límites son diferentes y cambiantes incluso dentro de una misma sociedad, y se ha demostrado también que en las

---

[5]/ Es recurrente el problema de cómo aproximarse operativamente a lo que denominamos juventud. En este trabajo no se hará otra cosa que seguir la opción convencionalmente establecida. Es decir, primero se establece arbitrariamente un entorno etario en el cual presumiblemente se encuentra el grueso de los individuos en la condición juvenil; después, se examinan de acuerdo a criterios sustantivos los procesos específicos de emancipación. El primer criterio es puramente demográfico, el segundo, social. Ciertamente, ambos no tienen por qué coincidir. Asumiendo que el criterio demográfico cubre las edades que van desde los 15 a los 29 años -tal como se hace en este trabajo- habrá factores como la clase social, la educación o el sexo que especifican trayectorias y momentos variables de la emancipación juvenil.

sociedades contemporáneas se viene registrando una tendencia general a la prolongación de la fase juvenil.

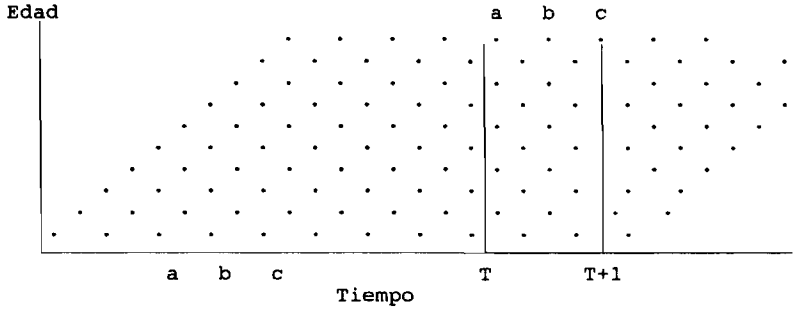
Desde una perspectiva sociológica la consideración de la edad es importante porque ofrece elementos gravitantes para comprender el cambio de las sociedades. Al respecto, es útil distinguir dos dinámicas fundamentales: una, caracterizada por los cambios que experimentan las personas en el transcurso de su vida, y otra, caracterizada por los cambios que ocurren en la sociedad. Los individuos que nacen en determinada cohorte transitan por diferentes fases o etapas denominadas convencionalmente como "niñez", "adolescencia", "juventud", "adultez", etc. Cada cohorte trae consigo la particularidad y condición básica de haber nacido en un momento histórico y ser socializada de acuerdo a las pautas propias de ese momento. Ésta es la dinámica individual, la experiencia histórica única, irremplazable e intransferible, de cada cohorte.

Por otra parte, es posible distinguir analíticamente, otra dinámica diferente -societal o estructural- determinada por las transformaciones ocurridas en la economía, la cultura y la sociedad. La combinación de ambas dinámicas, societal e individual, ofrece el marco de referencia desde el cual examinar el proceso de emancipación juvenil. Cada cohorte en la medida en que envejece, deberá vivir e interactuar en una sociedad que no corresponde a su origen y que está cada vez más alejada del mismo.

En términos estáticos a cada corte en el tiempo o período acotado de pocos años, corresponde una estructura etaria de la población. Pero esa estructura se ha conformado por la superposición de cohortes que han vivido experiencias muy disímiles y trayectorias particulares, fruto de la dinámica señalada en primer lugar.

La sucesión de momentos estáticos no es otra cosa que la dinámica societal que se manifiesta, por ejemplo, en la transformación de la estructura productiva, cambios culturales en los hábitos y valores, patrones de interacción de los sistemas de papeles sociales, etc. Por lo tanto, el aporte específico que hace cada generación al cambio social, radica en el hecho de que los individuos en el correr de su vida reaccionan, se adaptan y, eventualmente, transforman los patrones básicos de la organización social. Así, se distancian crecientemente del mundo para el cual fueron inicialmente preparados. Los jóvenes de hoy no crecerán o envejecerán en la misma sociedad en que comenzaron. Más aún, con la rapidez del cambio reciente determinado por la celeridad de la transformación técnica y los procesos de globalización, es probable que el joven asuma los roles adultos en una sociedad marcadamente diferente.

El esquema que sigue a continuación expresa gráficamente las dos dinámicas. Las líneas punteadas oblicuas indican las sucesivas cohortes nacidas en cada momento histórico (por ejemplo, a,b,c) y su progreso en el tiempo. Los puntos T y T+1 corresponden a dos cortes temporales estáticos ("cross-sectional") y el intervalo T/T+1 muestra la estructura de edades y la superposición de cohortes en un período determinado.



La interrogante más importante es si las nuevas cohortes tienen un papel pasivo o meramente adaptativo en relación a la dinámica societal o inciden en su transformación. Estudios empíricos han mostrado que las cohortes juveniles tienen efectos de "resocialización" sobre las generaciones que las precedieron, evidencian que al ocupar papeles sociales aportan su experiencia particular e intransferible en el desempeño de los mismos, y que por múltiples vías comportamentales y actitudinales, contribuyen al cambio social. Cuanto más fuerte es la formación de una subcultura juvenil, y cuanto más permisivos y menos "gerontocráticos" son los patrones sociales dominantes, es más probable que las nuevas cohortes desempeñen un papel más gravitante en el cambio de la sociedad.

En suma, puede afirmarse que el punto de confluencia de la dinámica individual de las cohortes y de la dinámica societal, es intrínsecamente conflictivo a la vez que potencialmente innovador. Ambas dinámicas son conceptualmente distinguibles en sí mismas, pero a la vez son interdependientes. Ninguna puede ser comprendida sin atender a la otra.

B. SOBRE LAS EXPERIENCIAS INTRANSFERIBLES

Con frecuencia se olvida que los jóvenes que en la actualidad tienen entre 15 y 29 años, nacieron en el período 1968-1982. Período muy particular de la historia uruguaya en el que se produjeron transformaciones institucionales y

macrosociales de enorme envergadura. No sólo porque la mayor parte de los jóvenes nacieron en un período de alta inestabilidad política, vivieron bajo un régimen de facto y de emigración masiva, sino porque cualquiera de estos eventos obedecieron a importantes transformaciones en la esfera económica y en los aspectos distributivos, correspondientes al definitivo quiebre del tradicional "modelo de bienestar uruguayo". Las familias en las que fueron socializados los jóvenes experimentaron las consecuencias de estos cambios y lo mismo puede decirse de las instituciones básicas de la sociedad entre las que se comprende por ejemplo, las instituciones políticas, educacionales, de regulación laboral, etc.

En un extremo, los jóvenes que hoy tienen 15 años no vivieron estas experiencias o lo hicieron siendo niños mientras que los que tienen 29 años vivieron los dos mundos: el de la caída del modelo uruguayo y sus secuelas, y el período de reconstitución de la democracia hasta nuestros días.

Sin perjuicio de considerar otras transformaciones que ocurrieron en el primer período, el clima económico y sociocultural de fines de los 60 e inicio de los 70 se manifestó tanto en la esfera económica (experimentación de nuevas políticas de apertura económica, estímulo a las exportaciones, caída del salario real, desigualdad creciente), como en la dimensión distributiva (agotamiento del sistema clientelar) y en la esfera institucional (quiebre del régimen democrático, apertura, restauración y consolidación de la democracia). No menos importante fue la continuidad de los cambios seculares que ya se venían produciendo en la estructura sociodemográfica y de la familia, y el hecho de que el período en cuestión estuvo dominado por el "desencanto" y la incertidumbre propias de la ruptura de un modelo de sociedad de larga tradición.

Restaurada la democracia, las principales transformaciones han estado asociadas a la prioridad otorgada a las políticas de ajuste, estabilización y reconversión productiva. En la esfera política, a la reconstitución y normalización de los principales actores del sistema, partidos políticos, gremios y sindicatos, y del juego propio del pluralismo político. En materia institucional, entre las principales transformaciones se cuentan la reforma del sistema de seguridad social, la reforma de la educación, y el despliegue de políticas dirigidas a los sectores más deprivados, medidas de combate a la pobreza y abatimiento de los índices de necesidades básicas insatisfechas. No obstante, y pese a que Uruguay mantiene los mejores índices comparativos de América Latina en la distribución del ingreso y los más bajos en materia de pobreza, los cambios producidos no han logrado disminuir los sentimientos de incertidumbre e inseguridad derivados de la pérdida de referentes institucionales y fuentes de trabajo tradicionales, y de los persistentes

problemas de ocupación y estabilidad en el trabajo que las reformas aplicadas traen consigo. Naturalmente, algunos sectores de la sociedad han sido más afectados que otros. De hecho, las reformas han tenido como consecuencia favorecer el ascenso social de ciertos sectores y la caída de otros, modificando las configuraciones de ganadores y perdedores. En particular, estos impactos han afectado los sectores medios y los sectores bajos urbanos. En estos últimos, se manifestaron agudamente los problemas de la "pobreza reciente" que expresan sobretodo las dificultades diferenciales de reducir la pobreza por la vía de las necesidades básicas "vis a vis" la vía de los ingresos.

Lamentablemente, el análisis del impacto de estas transformaciones y su incidencia sobre las cohortes de jóvenes únicamente puede hacerse a partir de estudios longitudinales que no existen. O se comparan los jóvenes de ahora con los de antes, o se efectúa su seguimiento mediante análisis longitudinales (por ejemplo, panel), pero una encuesta realizada en un sólo momento no permite examinar analíticamente las conexiones de sentido entre los niveles "macro" y "micro".

No obstante estas limitaciones, parece necesario llamar la atención sobre la naturaleza de las condiciones macroestructurales que informan las experiencias de la generación de los jóvenes actuales. Probablemente, tales cambios han generado condiciones de mayor incertidumbre y más severos obstáculos para el tránsito de la juventud hacia la vida adulta. De hecho, es en este plano de lo público donde se produce la mayor desestructuración de los horizontes de orientación individual que favorecen la emancipación del joven.

II. EL PROCESO DE EMANCIPACIÓN

A. DE LA JUVENTUD A LA VIDA ADULTA: SECUENCIA DE PAPELES SOCIALES

Una forma de aproximarse al proceso de emancipación juvenil es observar la vía mediante la cual el joven o adolescente pierde gradualmente los roles que le son propios de la edad y asume crecientemente otros. Tal proceso se conoce como "secuencia de roles" o "sucesión de status" para distinguirlo de otro tipo de transformación que también se produce con la edad: el cambio originado por el avance de la edad -o del envejecimiento- dentro de un mismo status.

En el primer caso la transición de roles corresponde a las múltiples entradas y salidas que se producen en el curso de vida, a las cuales los individuos están expuestos permanentemente como algo normal en su ciclo vital. Por su parte, la relación entre edad y estructura de edades cuando corresponde al segundo caso también resulta importante porque caracteriza problemas propios del desempeño de los individuos en el mismo rol (por ejemplo, procesos de movilidad en el trabajo, evolución del rol paterno o materno de acuerdo al ciclo familiar, etc).

La consideración conjunta de ambas dinámicas permite inferir una serie de consecuencias relativas a las posibles asincronías entre la dinámica dada por la "secuencia de roles" y la dinámica del envejecimiento dentro de un mismo rol. Durante la adolescencia son pocos los roles que están normativamente establecidos o para los cuales existen restricciones legales. El retiro compulsivo a los 60 años, la adquisición del rol de ciudadano político con derecho a voto a partir de determinada edad, la habilitación para conducir en el tráfico público, son algunos ejemplos de roles sociales universales que tienen un comienzo o un fin. Sin embargo, en la mayor parte de los sistemas de roles no existen edades precisas para que los individuos cambien de status. Se sabe que culturalmente existen sistemas normativos informales que establecen determinados entornos de edad dentro de los cuales es "normal" que se produzcan los cambios de roles (por ejemplo, el momento del casamiento o de la formación de pareja, la entrada al mercado ocupacional, el retiro no compulsivo, etc). En consecuencia, a partir de la consideración conjunta de las dos dinámicas es posible establecer una tipología simple; hay individuos que son "consistentes" al cambiar de roles en la edad "debida", en tanto que otros son "prematuros" al hacerlo antes de esa edad, y otros son "tardíos".

Dada la naturaleza de la condición juvenil, es esta combinación de las dos dinámicas la que mayor interés tiene para comprender la emancipación juvenil. La distinción no es irrelevante y sobre ella se deberá volver más adelante.

B. CAMBIOS SUBJETIVOS: DISCONTINUIDADES

Naturalmente, las transformaciones indicadas corresponden al plano objetivo de la realidad. En el plano subjetivo, el proceso de emancipación supone también transformaciones de gran importancia. Por lo general en el proceso de emancipación juvenil: a) cambian los grupos de referencia de la acción individual, b) se modifican los grupos de pertenencia con sus efectos sobre la formación de la identidad, c) se asiste a cambios radicales en la construcción de la personalidad, d) se experimenta la internalización de nuevas normas en la medida en que los individuos se exponen a nuevas agencias de socialización, y e) se construyen nuevas estructuras mentales que compatibilizan en forma más o menos conflictiva el pasado con el presente.

Probablemente, la consideración más importante referida a estos aspectos subjetivos se refiere a los problemas de la construcción y defensa de la "autoimagen" o "imagen propia". La sociología de la edad ha contribuido a iluminar aspectos muy relevantes de la interacción que se produce a lo largo de la vida entre las experiencias subjetivas y las relaciones sociales.

Es sabido que en la sociedad contemporánea, más que en ninguna otra, el sentido de identidad está permanente amenazado por la "secuencia de roles" y es afectada por los cambios reiterados que en el curso de vida se producen al modificarse los referentes fundamentales de la identidad: grupos de pertenencia y de referencia, redes de relaciones personales, ámbitos de socialización, expectativas y normas establecidas por otros y por los procesos de institucionalización, etc. En la medida en que la secuencia de roles implica el desquiciamiento de tales referentes y su sustitución por otros, el sentido de identidad -entendido como la necesidad de reforzamiento del sentido de "ser la misma persona"- debe ser transformado mediante una operación mental que debe contemplar sin rupturas el presente y el pasado.

Este tipo de problema es bastante más general aunque se manifiesta críticamente en la etapa juvenil. De hecho, en la sociedad moderna el individuo debe adoptar decisiones permanentemente, debe evaluar alternativas de la más diversa naturaleza, resolverlas sucesivamente, procurando no desintegrar su personalidad en cada decisión ni ser arrastrado en cualquier

dirección. Por esta razón, la complejidad de la sociedad que le genera estas necesidades lo induce a formarse -a construirse- cierto concepto de sí mismo o imagen propia, estable y flexible, que lo ayude a tomar decisiones consistentes tanto en el presente como en el futuro. Tal imagen propia no sólo favorece su proceso de toma de decisiones sino que le proporciona la seguridad de que al confiar en ella, seguirá siempre la misma dirección permitiéndole mantener su identidad personal. Procesos de esta naturaleza constituyen la base de la creación de una identidad en la esfera privada, y el principal resguardo ante la sucesión de roles sociales que deberá asumir y transitar en el futuro. Ciertamente, no todos los individuos logran construir una imagen propia, que debe ser al mismo tiempo lo suficientemente estable como para asegurar su continuidad, y lo suficientemente flexible para no perder capacidad de adaptación a los nuevos roles.

En tanto el sentido de "ser la misma persona" carece de una continuidad privada como lo requiere la transición entre posiciones diferentes, el ámbito público favorece en cambio, una continuidad que está asegurada por la institucionalización predecible de los roles y expectativas asociadas a los mismos. El ámbito de lo público tiene por lo tanto una capacidad estructuradora que contrasta con la carencia equivalente para el logro de una continuidad de la imagen propia en el plano individual, privado. Esta función estructuradora se expresa en una "secuencia potencial de roles" en esferas institucionales (por ejemplo, sistema educativo, estructura ocupacional, etc). En este sentido, puede afirmarse que la predominancia de un criterio de desempeño público en desmedro de un criterio de edad, contribuye a facilitar la integración de la autoimagen y hacerla menos vulnerable a los cambios.

Cuando el referente institucional público falla o es débil en sus consecuencias, cabe hipotetizar que con ello se pierde el principal componente estructurador que protege la imagen propia de las alternativas de la transición. Si el desempeño del individuo en la esfera pública no adquiere el carácter de un referente importante de la acción, como ocurre por ejemplo en condiciones de crisis económicas, alta incertidumbre del mercado laboral, aspiraciones y expectativas que no se pueden satisfacer, es poco probable que los criterios de identidad en torno a la edad puedan ser removidos fácilmente. En este caso, cabe esperar un reforzamiento de los patrones de estratificación según la edad al mismo tiempo que un mayor énfasis puesto en dicho atributo como determinante de lo que son los individuos en la sociedad. Patrones débiles de estructuración pueden redundar en la paralización de la evolución de la personalidad que queda congelada en etapas anteriores o en la fijación temprana de una imagen propia rígida.

C. LAS TRANSFORMACIONES EN EL PLANO OBJETIVO

El tránsito de la juventud hacia la vida adulta, entendido como un proceso mediante el cual se pierden los roles sociales correspondientes al estatus de joven y se incorporan los adultos, se expresa estructuralmente en cuatro dimensiones básicas: el abandono de los estudios formales, la entrada al mercado de trabajo, el proceso de constitución de la familia, y la tenencia de hijos[6]/. El abandono del sistema educativo formal, constituye un punto particular de ruptura con la condición juvenil. Recientemente, sin embargo, parece haber perdido relevancia como criterio fuerte de diferenciación.

Las dos primeras dimensiones no requieren mayores comentarios. Operacionalmente corresponden respectivamente al atributo de "desertor" del sistema educativo y al atributo laboral de "económicamente activo". Las dos últimas en cambio requieren algunas precisiones.

Se adopta en este trabajo la misma tipología de condición de emancipación de la Encuesta Nacional de Juventud, la cual combina criterios relativos al estado civil del joven y al contexto familiar de residencia. La tipología se forma a partir de cinco categorías:

Jóvenes solteros. Corresponde a la doble situación de estado civil y residencia en el hogar de origen, convivientes con ambos o con uno de sus padres, o bien con familiares y no familiares con los cuales se criaron durante la infancia.

Jóvenes emancipados autónomos. Miembros de parejas casadas o uniones consensuales, que no residen con su familia de origen sino en forma independiente.

Jóvenes emancipados no autónomos. Corresponde a la situación conyugal anterior pero se diferencia de esta en que residen con algún miembro de su familia de origen de primera generación. Emancipados porque han constituido un nuevo lazo conyugal, pero no autónomos porque continúan conviviendo con alguno de sus progenitores.

---

[6]/ La opción efectuada en este trabajo no desconoce que el carácter multidimensional de la "sucesión de roles" incluye dimensiones que no se consideran aquí. Por ejemplo algunos autores han señalado los roles que operan en instituciones como la familia, religión, política, economía, legal, educacional, "welfare", asociacional, y otras. En principio, las cuatro adoptadas aquí parecen ser aquellas sobre las cuales hay un mayor consenso en señalarlas como el núcleo duro de factores asociados a la transición.

Jóvenes independientes autónomos. Son los jóvenes que mantienen la condición de solteros, pero que han constituido un nuevo hogar unifamiliar o compuesto y no residen con su familia de origen.

Jóvenes independientes no autónomos. Comprende una variedad de situaciones de residencia aunque en todos los casos, se trata de jóvenes no casados que no han constituido un nuevo hogar. Pertenecen a hogares de familiares o no familiares, o bien corresponden a situaciones de retorno a la familia de origen luego de separarse o divorciarse.

Esta tipología permite distinguir con bastante aproximación las situaciones particulares de los jóvenes en relación a las estructuras familiares dominantes. No obstante su utilidad -avalada por los estudios antecedentes de la CEPAL- debe ser considerada como una caracterización "proxy" a la real condición de inserción del joven en las formas de organización predominante de la familia uruguaya (Véase Anexo).

Estadísticamente, las dos grandes agregaciones que arroja el examen de la tipología, corresponden a las de Jóvenes solteros, y Jóvenes emancipados autónomos. La Encuesta Nacional de Juventud efectuada en 1990, indicaba la siguiente distribución porcentual para la totalidad de los jóvenes entre 15 y 29 años[7]/:

Tipología de emancipación	*Total*	*Montevideo*	*Interior urbano*
- Jóvenes solteros	56.3	57.7	54.7
- Jóvenes emancipados autónomos	25.3	23.2	27.5
- Jóvenes emancipados no-autónomos	6.6	6.0	7.2
- Jóvenes independientes autónomos	1.6	2.2	1.0
- Jóvenes independientes no-autónomos	5.5	5.8	5.2
- Otros y sin información	4.7	5.1	4.3

Por su parte, el relevamiento efectuado en la Encuesta de Juventud (1996), que sirve de base al presente estudio, arroja resultados similares con ligeras variantes. Puesto que únicamente se estudiaron las tres primeras condiciones, sólo es posible comparar las proporciones relativas entre las mismas. Así, la distribución encontrada en la encuesta: Solteros 62.7%; Emancipados autónomos 23.3% y Emancipados no-autónomos 9.5%,

[7]/ Cabe recordar que la Encuesta Nacional de Juventud no cubría el total del país, sino a Montevideo y el Interior urbano.

corresponde aproximadamente a la distribución de la Encuesta Nacional de Juventud para Montevideo, en la cual esas relaciones eran respectivamente las siguientes: 66.3%; 26.7% y 6.9% [8]/.

D. JUVENTUD Y FAMILIA

La sociología de la edad tiene múltiples áreas de superposición con otros campos de la sociología y de las disciplinas sociales, por ejemplo, con la estratificación social, sociología de género, movilidad social, e instituciones sociales. En este último campo, se destaca la importancia de la familia como institución básica de la sociedad.

En particular, familia y juventud son dos tópicos de análisis estrechamente vinculados por múltiples relaciones de implicación recíproca. Al respecto, hay dos aproximaciones complementarias. La primera, más obvia y conocida, se refiere a la familia como contexto social que condiciona o determina las chances y modalidades de crecimiento del joven hasta alcanzar la plena emancipación de su familia de origen. La segunda, tiene que ver con el proceso y modalidad de emancipación del joven, y sus efectos sobre la estructura y reproducción de los sistemas familiares.

En el primer caso, se puede ilustrar el punto mencionando los conocidos estudios sobre los efectos del origen familiar sobre el desarrollo posterior del joven, sea medido por variables de carácter socio-económico (nivel de ingreso o educación del jefe del hogar, ocupación, condición de ocupación, etc), por variables de organización familiar (distribución de roles intrafamiliares), o variables ideológicas y culturales (patriarcalismo, autoritarismo, contenidos de socialización, valores de género, etc).

---

[8]/ Los resultados de las dos encuestas no tienen por qué ser idénticos. Además de los problemas de significación estadística, debe tenerse en cuenta que los universos no son los mismos (en un caso, el total del país urbano, diferenciando Montevideo y el Interior urbano, y en la Encuesta de Juventud (1996), Montevideo y parte del departamento de Canelones) Además, pasaron siete años entre ambos relevamientos y la composición de los tipos de emancipación puede haberse modificado. Para despejar esta duda, cuando se comparan los datos de la encuesta efectuada para este estudio con las Encuestas de Hogares (INE) del mismo período para Montevideo, se nota una ligera sobrerepresentación de la condición de emancipado no-autónomo. Cabe la hipótesis de que el resultado se deba a la inclusión de parte de Canelones junto con Montevideo, o bien al hecho de que la condición de emancipado no-autónomo vino creciendo regularmente en el período inter-encuestas.

En el segundo caso, se hace referencia a los efectos de la reproducción o cambio de las estructuras familiares dominantes en la sociedad, inducidos por las transformaciones que los jóvenes aportan al cambiar o mantener los patrones de formación de las nuevas unidades familiares. La edad de formación de la nueva pareja emancipada, el comportamiento respecto a la tenencia de hijos, el abandono del hogar de origen para vivir en forma independiente, los cambios en las tasas de divorcio y separación, o la práctica de formar pareja que continúa conviviendo -o no- con la generación de sus padres, son todas opciones que modifican o reproducen los sistemas de unidades familiares. Afectan, por lo tanto, la estructura y composición de los tipos de familia en la medida en que inducen la expansión o contracción de la familia unipersonal, nuclear sin hijos, incompleta, extendida o compuesta.

Pero los efectos no se limitan apenas a los aspectos morfológicos de la estructura de la familia. Menos visibles, y más difíciles de aprehender, son los cambios concomitantes que operan en el plano subjetivo o ideológico referido a los diferentes "modelos sociales" de los roles familiares y de la familia misma, como por ejemplo, los "modelos de paternidad o maternidad" o la existencia o no de un "proyecto familiar".

Puede afirmarse, resumiendo estas consideraciones, que los efectos mutuos entre familia y juventud no reconocen ningún tipo de prioridad causal. Ambos pueden ser, alternativamente, la variable dependiente o independiente, según se trate del momento analítico desde el cual se examina la relación.

El presente trabajo examina un conjunto acotado de los posibles tópicos que sugiere la discusión previa. Razones prácticas de disponibilidad de información dejan fuera de toda posibilidad indagar sobre aspectos ideológicos y organizacionales de la familia, impiden efectuar un seguimiento de cohortes y limitan el análisis al plano macro, sin desconocer por ello, la importancia de los análisis micro[9]/. Existen pocos antecedentes de investigaciones que

[9]/ La información básica del trabajo proviene de la encuesta específicamente diseñada y aplicada para éste y otros dos estudios sobre los temas de juventud y vivienda, y participación juvenil a fines de 1996, Segunda Encuesta de Juventud. Su cobertura comprende la ciudad de Montevideo y cuatro zonas seleccionadas del departamento de Canelones. Se encuestaron en total 1500 jóvenes. Véase, CEPAL, Oficina de Montevideo, Condiciones habitacionales de la juventud: elementos para el diseño de una política de vivienda, Montevideo, 1997; CEPAL, Oficina de Montevideo, La percepción del Instituto Nacional de la Juventud en el imaginario juvenil, Montevideo 1998.

relacionen el proceso de la secuencia de roles, con el plano objetivo de participación y el subjetivo de opiniones, actitudes e identificación[10]/.

El centro de atención del trabajo está puesto en cuatro aspectos fundamentales: a) el proceso de emancipación visto a través de la secuencia de roles, b) la emancipación examinada desde el plano subjetivo y su correlato con el plano objetivo, c) la identificación de sectores de riesgo y la creación de tipologías de problemas, y d) el examen del impacto de las nuevas estructuras familiares creadas por los jóvenes.

---

[10]/ Al respecto, véase el estudio de Diez de Medina, R., La estructura ocupacional y los jóvenes en Uruguay, CEPAL, Oficina de Montevideo, 1991, Primera Parte, Montevideo. También Rama, G. y Filgueira, C.H., Los jóvenes de Uruguay: esos desconocidos, CEPAL, Oficina de Montevideo, 1991, y Rama, G., Qué aprenden y quiénes aprenden en las escuelas de Uruguay, CEPAL, Oficina de Montevideo, 1991.

III. EDAD Y SECUENCIA DE ROLES

A continuación se estudian los cambios producidos en cuatro órdenes de roles sociales de acuerdo a la edad: el rol de estudiante, de trabajador, de cónyuge, y de padre o madre. Más específicamente se utilizan los indicadores de: i) la pérdida del rol de estudiante (no asiste al sistema escolar formal); ii) la incorporación al mercado de trabajo; iii) la formación de pareja estable (vía casamiento o unión libre); iv) la tenencia de hijos; y v) la formación de la pareja estable viviendo en forma autónoma. Los dos primeros indicadores corresponden a roles públicos en el sentido de atributos "institucionales" de los individuos, en tanto que los tres últimos, a la dimensión privada.

El conjunto de gráficos presentados en esta sección permiten efectuar algunas consideraciones preliminares:

a. La secuencia general para todos los jóvenes encuestados muestra un orden cronológico esperable entre los momentos en que se producen los cambios en los roles sociales; se adelantan relativamente el orden educativo y el laboral (abandono del sistema educativo formal e ingreso al mercado de trabajo), en relación a un proceso más tardío de formación de la familia, tenencia de hijos y autonomía plena de la pareja viviendo en forma independiente (véase Gráfico 1).

De acuerdo a la distinción entre roles públicos y privados, es posible afirmar que en la población en general existe un adelanto relativo de los roles propios del sistema público (determinados por la estructura del empleo y del sistema educacional), en relación a los roles privados referidos a la familia y los hijos.

b. Un análisis más desagregado pone en evidencia, sin embargo, que estas tendencias generales no son aplicables a todos los jóvenes. Lo que muestran los Gráficos 2 al 5 es que existen diversos senderos bien definidos por los que transcurre la transición hacia los roles adultos. Las estructuras de la "secuencia de roles" no son iguales para los hombres y las mujeres, ni tampoco para los jóvenes de nivel educativo bajo (hasta el ciclo básico de educación media completo o equivalente) y los de nivel educativo alto (más allá del ciclo básico de educación media) (véase también Gráficos 6 al 9). Más adelante se tratará de mostrar que también son diferentes las consecuencias de estos senderos para el desarrollo futuro del joven y de su familia.

c. La secuencia de emancipación en los hombres es radicalmente diferente a la de las mujeres. El "vacío" reconocible en el Gráfico 2 entre las variables públicas y privadas, sugiere la existencia de dos dimensiones de la emancipación masculina. Un ejercicio de análisis factorial desagregado por sexo y nivel educativo confirma esta pauta para los varones de nivel bajo. Hay dos factores relativamente independientes entre sí, uno correspondiente a la dimensión pública (primero, abandono del sistema educativo y luego incorporación al mercado de empleo), otro que pertenece a la dimensión privada relativa a la familia y los hijos. En otras palabras, la secuencia de emancipación de los hombres de nivel educativo bajo parece obedecer a dos procesos que no se encuentran necesariamente integrados; uno, dominante, referido al desempeño en esferas institucionales públicas (salir del sistema educativo y comenzar a trabajar), y otro correspondiente a la esfera privada (formar familia).

En los jóvenes varones de nivel educativo alto el comportamiento es diferente; la factorización resulta en una sola dimensión que integra lo público y lo privado (también, véase Gráfico 7). La emancipación hacia la vida adulta, en este caso, se efectúa a través de un proceso en el cual, primero se entra al mercado de empleo (curva que lidera el proceso de emancipación) sin abandonar el sistema educativo o para poder mantenerse en el mismo. Posteriormente se forma la familia pero con notable rezago cronológico en comparación con los jóvenes de nivel bajo. De hecho, esta categoría de jóvenes corresponde a la más tardía formación de la pareja y tenencia de hijos.

Cierto tipo de racionalidad de las decisiones o control de los acontecimientos parece estar por detrás de este tipo de "secuencia de roles". El diferimiento racional de la salida del sistema educativo como forma de inversión en "capital humano" y, complementariamente, el diferimiento del matrimonio y de la tenencia de hijos parecen corresponder a una lógica intencional propia de la formación de una identidad que eventualmente, se puede volver una base sólida de futuras opciones y selección de alternativas.

d. El comportamiento de las mujeres sólo es similar al de los hombres en las edades más jóvenes (véase Gráfico 3). Desde los 22 años en adelante, no es posible reconocer el "vacío" que se encontraba en los hombres de nivel bajo entre las dimensiones públicas y privada. Como regla general, después de esa edad, la formación de la pareja por parte de la mujer se produce antes de su incorporación al mercado de trabajo, o bien, la mujer ocupada deserta del trabajo cuando se casa y tiene hijos. Por esta razón la curva correspondiente a "trabajo" después de los 22 años tiende a estabilizarse y, como consecuencia, la matriz de correlaciones del análisis factorial evidencia que el "trabajo femenino" no se correlaciona con ningún otro indicador de emancipación.

El análisis factorial para las mujeres identifica también dos factores -en ambos niveles educativos- pero su estructura es totalmente diferente a la de los hombres de nivel bajo. La primera dimensión, dominante, comprende variables en la esfera pública y privada (no asistencia, emancipación, tenencia de hijos, autonomía), el segundo factor corresponde a lo que se denomina "factor de un sólo indicador" dado que está compuesto casi exclusivamente por el indicador "trabajo" con muy débiles pesos con el resto de indicadores[11]/.

La peculiar configuración encontrada parece ajustarse razonablemente a la problemática bien conocida sobre el trabajo femenino en relación a los conflictivos modelos de división de roles de género en la familia. Tanto en el nivel bajo como en el alto, el modelo dominante de emancipación está centrado en la familia pero se encuentra disociado del rol de la mujer como trabajadora.

Ciertamente, no sorprende encontrar un resultado de esta naturaleza en el nivel bajo (orientación dada por una imagen tradicional de la mujer y su participación en el mercado de trabajo) pero sí en el alto. Esto es así si se tiene en cuenta, por lo menos, que el comportamiento de la mujer en la esfera pública institucional (incorporación al trabajo prolongando su participación en el sistema educativo) sigue pautas muy similares a las del hombre del mismo nivel. De acuerdo a estos resultados, debería concluirse que la concreción de una mayor igualdad entre los roles de género está lejos de alcanzarse a pesar de la creciente igualación de los roles públicos de la mujer con los del hombre. Es probable también que, por esta razón, la mujer de nivel educativo más alto esté sometida, en mayor medida que la mujer de nivel bajo, a una tensión entre modelos de emancipación competitivos.

Una simple inspección a los Gráficos 8 y 9 muestra las enormes diferencias que median entre la secuencia de roles de la mujer según niveles educativos. El perfil de la joven de nivel bajo corresponde a la más temprana formación de la pareja y a la tenencia de hijos. A los 20 años ya es un proceso relativamente consolidado que seguirá adelante en las edades siguientes. En cambio, la edad equivalente en las jóvenes de nivel alto, se encuentra entre los

---

[11]/ Más allá de tecnicismos referentes a la técnica de análisis factorial que no vienen al caso desarrollar, lo que se quiere indicar es que la estructura de dos factores en las mujeres es diferente a la de los hombres. En el caso de las mujeres, el peso alto del segundo factor es sólo el indicador "trabajo": .930 en el nivel bajo, y .939 en el alto; el segundo indicador de más peso que le sigue es "no asiste", con un valor menor en el segundo factor que en el primero (.314 contra .616 y .353 contra .714 respectivamente) En los hombres de nivel bajo, el segundo factor se compone claramente de dos indicadores con pesos similares: .633 y .640, respectivamente.

25 y 26 años y crece con más lentitud. No obstante, con valores promedialmente más bajos, la configuración de roles en la mujer de nivel alto a partir de esa edad es similar a la de la joven de nivel bajo. Sólo en materia de trabajo existe una diferencia significativa: a pesar del proceso de formación de la familia y de tener hijos, el involucramiento en el mercado de trabajo de estas últimas se ve afectado en menor proporción que en el nivel bajo[12]/.

e. De lo anterior puede concluirse que la familia joven se forma reproduciendo parcialmente la pauta de la familia de tipo de sistema de aportante único ("breadwinner"), característica de los adultos. A pesar de la tendencia a una reducción regular de este modelo en el país, una considerable parte de los hogares que se forman entre los 15 y 29 años, corresponden a estructuras familiares con una clara división del trabajo entre los sexos según aportantes y no aportantes (véase Gráficos 2 y 3)[13]/.

f. En el nivel bajo, asumiendo razonablemente la existencia de una pauta endogámica intra-estrato, esa división de roles familiares según sexo es más notoria que en el nivel educativo alto. La mujer entra al mercado de trabajo más tarde y siempre lo hace en menor proporción que el hombre.

g. Los modelos de orientación de los jóvenes que se manifiestan en estas pautas diferentes, descansan en configuraciones ideológicas que se forman en torno a la división de género de las funciones de los miembros de la familia. Un breve examen a los mismos permite verificar que en el nivel socioeconómico más bajo predomina, tanto en hombres como en mujeres, una percepción de tipo modelo de aportante único ("breadwinner"). Más fuerte en los primeros que en las últimas (ver Recuadro en la página siguiente).

---

[12]/ En las edades en que crece más rápido la tenencia de hijos (23 a 27 años, Gráfico 9), la participación en el mercado de trabajo tiende a reducirse o estabilizarse. Por esta razón, es probable que exista un efecto transitorio sobre la tasa de participación en el mercado de trabajo, dado por la demanda que recae sobre la mujer para dedicar atención a la crianza de hijos recién nacidos o más pequeños. Como este perfil no se registra en las jóvenes de nivel bajo, es probable que las diferencias se expliquen por la vigencia diferencial existente entre un modelo de emancipación más centrado en la familia o más equilibrado entre lo público y lo privado.

[13]/ Para un análisis sobre las transformaciones recientes de los sistemas familiares en el Uruguay, véase Filgueira, C. H. y Peri, A., "Transformaciones recientes de la familia uruguaya: cambios estructurales y coyunturales", en Cambios en el perfil de las familias, CEPAL, Chile, 1993. También, Filgueira, C.H. Sobre revoluciones ocultas: la familia en Uruguay, CEPAL, Oficina de Montevideo, 1996.

En el trabajo fueron construidas dos medidas de estratificación social. En el presente módulo, en que se examinan los senderos de emancipación de los jóvenes en base al análisis de los gráficos, el criterio de clasificación utilizado es el nivel educativo. En los capítulos subsiguientes en cambio, se hace referencia al nivel socioeconómico para indicar la construcción de un índice sumatorio simple, compuesto por cinco indicadores: educación, ingresos, categoría ocupacional, tenencia de la vivienda y posesión de aparatos electrodomésticos. Ciertamente, no es aconsejable utilizar medidas diferentes en un mismo análisis. No obstante, en la investigación es frecuente que existan problemas metodológicos que llevan a soluciones de transacción o sub-óptimas. El índice compuesto de nivel socioeconómico es superior al de nivel educativo pero no parece ser el indicador más adecuado para examinar la secuencia de la emancipación. Esto es así porque los indicadores de ingresos, vivienda y posesión de objetos se refieren en algunos casos a los hogares de los jóvenes (emancipados) y en otros a los hogares de los padres de los jóvenes (solteros dependientes). Dado el efecto interactivo entre las variables emancipación y nivel socioeconómico pareció más razonable examinar el proceso de emancipación de acuerdo a una variable que, como el nivel educativo, posee el mismo significado para todos los entrevistados.

Cuando se indaga acerca de la afirmación de que "lo ideal es que la mujer se ocupe de la atención del hogar y de los hijos" y "al hombre le corresponde antes que nada aportar a los ingresos del hogar", las respuestas de los jóvenes de nivel socioeconómico bajo son en los dos casos las más afirmativas; para la primer pregunta, 58.9% están de acuerdo con la afirmación en contraste con un 36.8% en el nivel alto; en la segunda pregunta, los resultados son respectivamente 69.0% y 45%[14]/. Las tres cuartas partes de los jóvenes varones de nivel bajo muestran una percepción típica del modelo de aportante único, en tanto lo hace casi dos tercios de las mujeres.

En el estrato alto, la ideología igualitaria de género parece haber penetrado más, aunque se manifiestan igualmente diferencias marcadas entre varones y mujeres.

Si se examinan estos resultados a la luz de la estructura factorial señalada más arriba, se obtienen nuevas evidencias -ahora en el plano de las

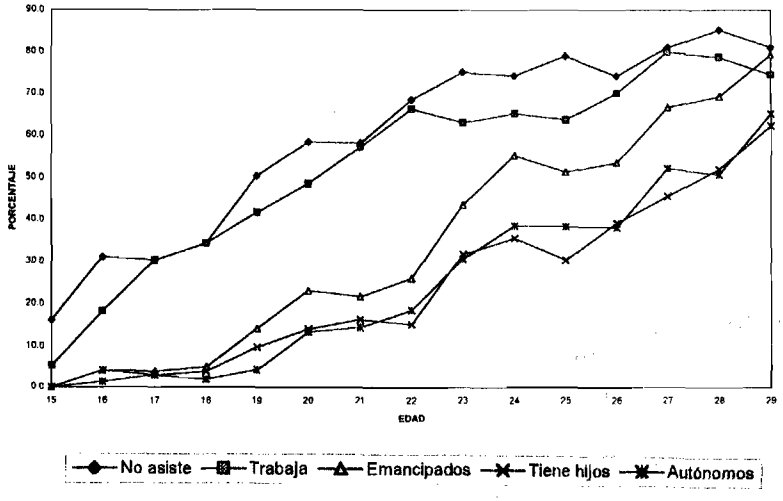
[14]/ Información presentada en los Cuadros 7 al 10, que serán examinados más adelante.

actitudes- acerca de: a) la vigencia de un fuerte modelo tradicional de familia, de madre y esposa, por parte de las mujeres de nivel bajo; b) la importancia que atribuye el hombre a su desempeño público como generador de ingresos en torno al cual se estructura su modelo de familia, y c) la tensión mayor que viven las mujeres "en transición" del nivel socioeconómico alto.

Las consideraciones efectuadas hasta aquí, permiten avanzar una serie de consideraciones preliminares que, naturalmente, deberán ser complementadas en los puntos subsiguientes.

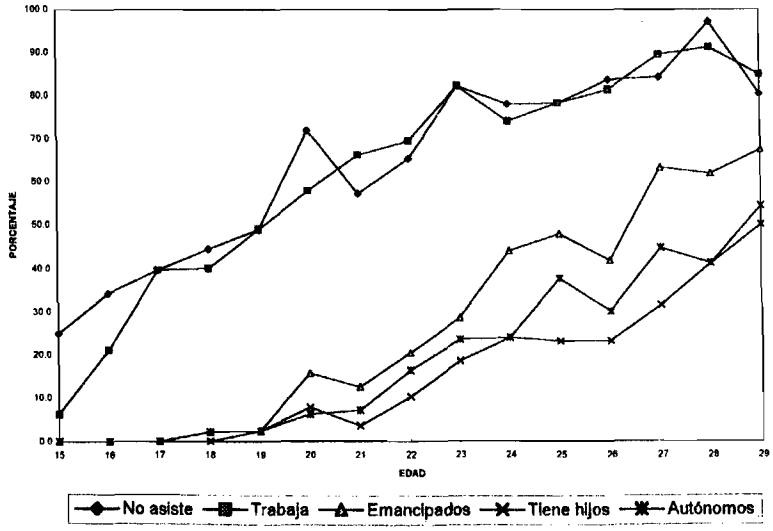
Cuando se trata de evaluar la vulnerabilidad asociada a cada condición estructural, parece claro que las cuatro categorías de jóvenes hasta aquí consideradas corresponden a problemáticas específicas y, en algunos casos, marcadamente diferentes. Para cerrar estas consideraciones, interesa añadir algunos comentarios adicionales referidos a las categoría de hombres y mujeres de nivel educativo bajo.

Gráfico 1
Secuencia de roles según edad
Total de jóvenes



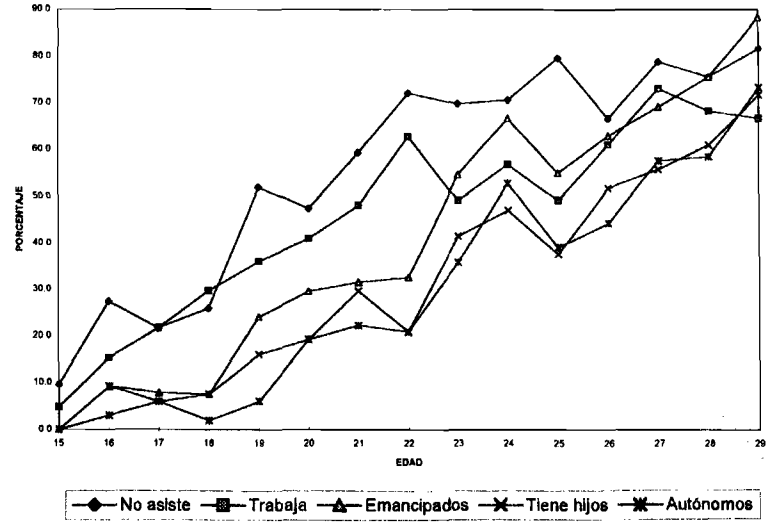
Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Gráfico 2
Secuencia de roles según edad
Jóvenes varones



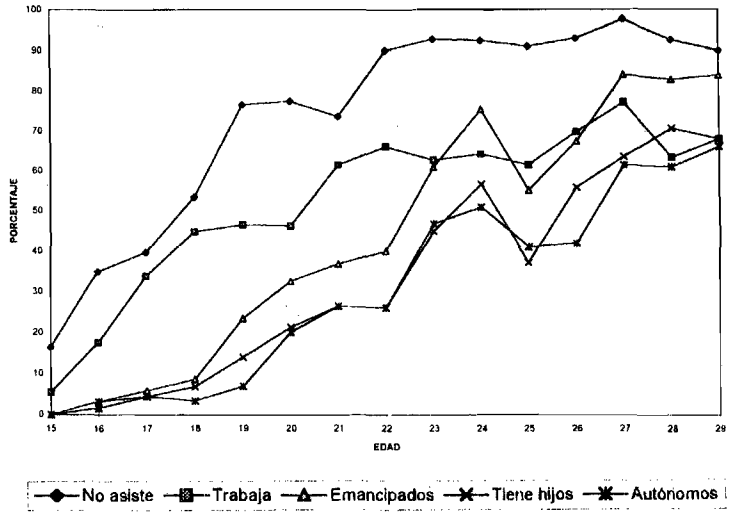
Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Gráfico 3
Secuencia de roles según edad
Jóvenes mujeres



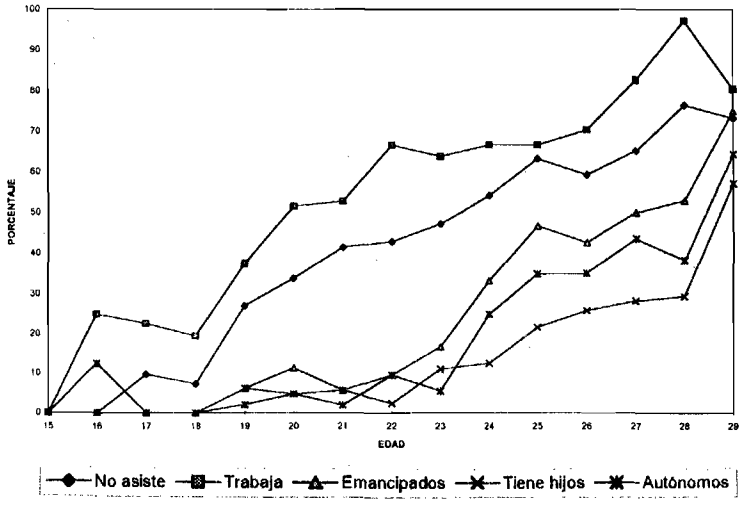
Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Gráfico 4
Secuencia de roles según edad
Jóvenes de nivel educativo bajo



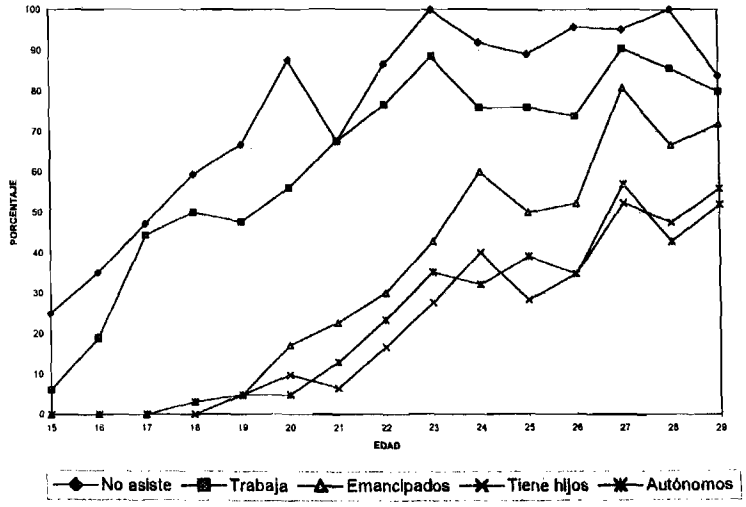
Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Gráfico 5
Secuencia de roles según edad
Jóvenes de nivel educativo alto



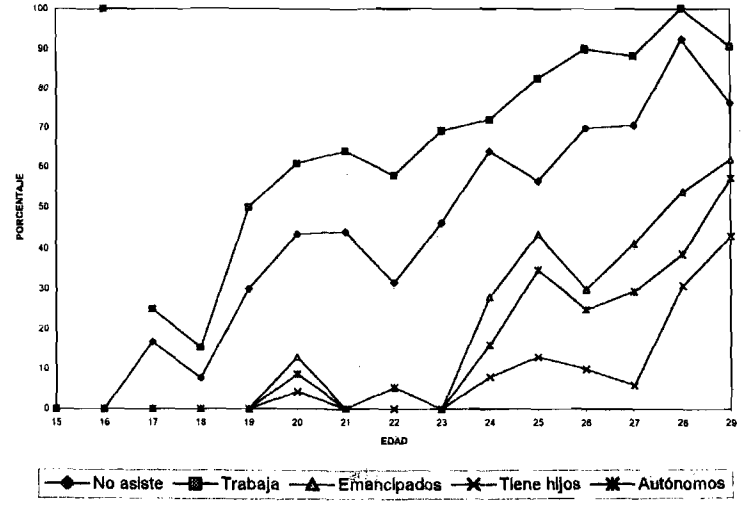
Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Gráfico 6
Secuencia de roles según edad
Jóvenes varones de nivel educativo bajo



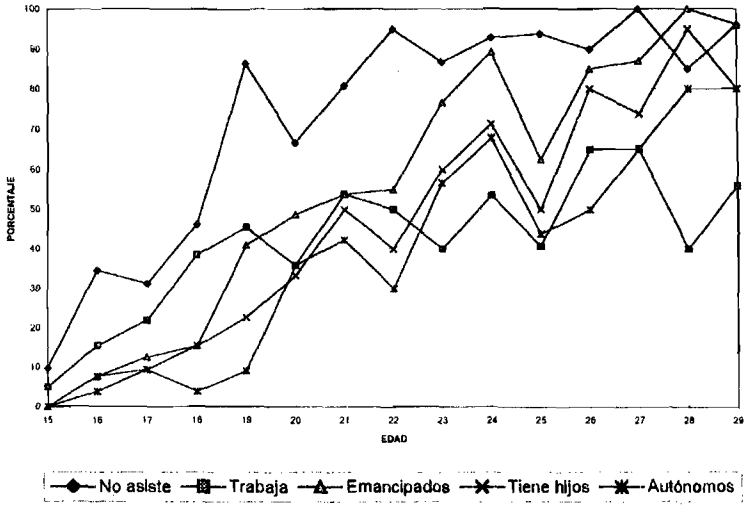
Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Gráfico 7
Secuencia de roles según edad
Jóvenes varones de nivel educativo alto



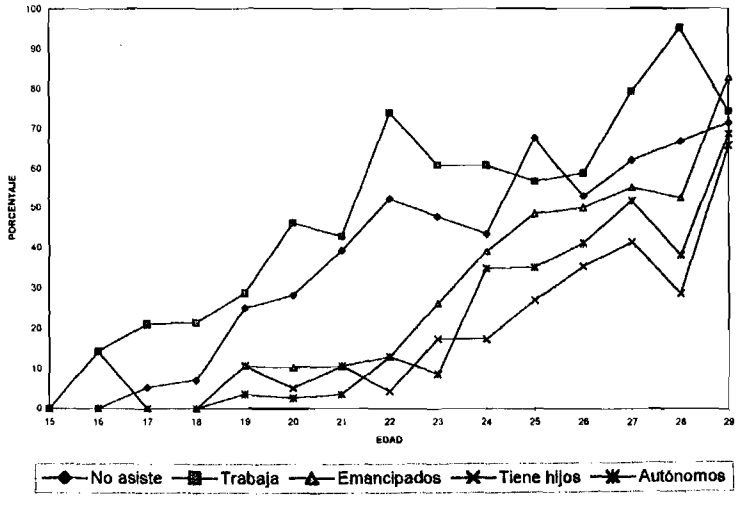
Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Gráfico 8
Secuencia de roles según edad
Jóvenes mujeres de nivel educativo bajo



Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Gráfico 9
Secuencia de roles según edad
Jóvenes mujeres de nivel educativo alto



Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

IV. LOS JÓVENES DE NIVEL EDUCATIVO BAJO. ENTRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

A. LOS VARONES: PROBLEMAS DE INTEGRACIÓN

La existencia de dos dimensiones en la emancipación de los jóvenes con escasa educación configuran potencialmente dos tipos de problemas que pueden tener consecuencias inmediatas o diferidas:

a) por una parte, el primer problema está referido a la relevancia que tienen las esferas institucionales como elementos estructuradores de la secuencia de roles en el plano subjetivo y de la identidad. Dada la importancia de la emancipación en la esfera pública, común a todos los varones, los jóvenes con logros educativos limitados tienen menos recursos y por ello son más dependientes de la existencia de normas, criterios externos, y de un marco de orientación razonablemente estructurado para su identidad de adulto (por ejemplo, obtención de empleo, movilidad ocupacional, mejoramiento de los ingresos). La falta de este marco o el fracaso en su desempeño dentro de un horizonte de alta incertidumbre y complejidad que el joven no puede descifrar, reducen la posibilidad que el proceso de transformación de su imagen propia se produzca sin rupturas o cambios traumáticos. Esto equivale a decir que los sistemas de participación institucional (públicos) no ayudarían en este caso, a establecer patrones secuenciales de roles como "modelos" adultos. Eventualmente, un desenlace posible es la paralización y fijación de la identidad en la fase juvenil;

b) el segundo problema está estrechamente relacionado con el primero. Si la emancipación en el plano público tiene dificultades de llevarse a cabo, es dudoso que el joven pueda en el futuro integrar fácilmente las dimensiones pública y privada a partir de esta última. En la medida en que el referente privado en el hombre es débil, si su desempeño en el mundo institucional público resulta conflictivo, es probable que su emancipación carezca de modelos integradores fuertes[15]/. Una interpretación de esta naturaleza encuentra soportes empíricos en los estudios de "sociología de la edad".

---

[15]/ Naturalmente, el fracaso en el desempeño puede ser evaluado como su incapacidad de sostener con su trabajo el presupuesto familiar. La ecuación más desfavorable se encontraría así en presencia de un fuerte modelo de tipo aportante único ("breadwinner") que no puede ser sostenido en la práctica.

Refiriéndose al estudio de tipo panel llevado a cabo por Clausen (1986), White, Foner y Waring (1990) señalan:

> ... el análisis continuo que hace Clausen de los datos longitudinales de Berkeley muestra que la estabilidad a lo largo del curso de vida del compromiso de hombres y mujeres con el matrimonio, y con las trayectorias profesionales entre hombres, está fuertemente relacionada con la capacidad de planificar y la competencia tal como fueron evaluadas en la adolescencia. A pesar de grandes cambios en muchos aspectos de personalidad, y de la heterogeneidad en los estilos de adaptación y de toma de decisiones en la tercera edad, las elecciones realistas hechas por estos individuos en las primeras etapas de su vida adulta se reflejan en un alto nivel de logros y satisfacciones en los años posteriores" (Traducción del autor) [16]/.

B. LAS MUJERES JÓVENES: VIGENCIA DE MODELOS TRADICIONALES FUERTES

Es posible afirmar que la joven de escasa educación no está a salvo de los riesgos que implica la falta de integración entre las dimensiones de la emancipación. Pero la naturaleza de su problemática es otra. La integración del proceso de emancipación femenina que puede dar lugar a una identidad consistente, descansa en gran medida en la predominancia de un modelo tradicional centrado en las variables privadas. El casamiento precoz y la tenencia de hijos lleva a que casi el cien por ciento de las mujeres al llegar a los 29 años ya hayan formado pareja y un noventa por ciento tengan hijos. A los 20 años, un 50% ya han formado pareja estable y un 35% tienen hijos (véase Gráfico 8). Por esta razón, es precisamente en esta doble condición de mujer y baja educación donde se registra la mayor vigencia del modelo tradicional de esposa y madre.

Es razonable suponer que los problemas generados por la necesidad de transitar subjetivamente el curso de vida hacia la condición de adulto, no presenten riesgos de igual magnitud que en los jóvenes varones de nivel bajo. Por lo menos, el fuerte referente de un modelo convencional en el plano privado parece actuar como un escudo protector ante la necesidad de

---

[16]/ White Riley M., Foner A., y Waring J., "Sociology of Age", en N. Smelser, Handbook of Sociology, Sage Pub., 1988; Clausen J.A., "Early Adult Choices and the Life Course", Annual Meeting, American Sociological Association, 1986, citado en White y otros, op.cit.

reformular su imagen propia en el proceso de secuencia de roles. Pero no por ello, una adaptación de este tipo deja de ser problemática, tanto en el plano objetivo como subjetivo. En el primero, porque la secuencia de roles se hace en forma fuertemente sesgada hacia una de las dimensiones, lo que de por sí deja pendiente la necesidad de integración. En el plano subjetivo porque la vigencia -y eventualmente, el refugio- en un modelo de roles tradicionales, tiende a fijar prematuramente y hace más rígidas las identidades construidas. O lo que es lo mismo, genera condiciones desfavorables para un proceso de transformación futuro. Por lo menos se puede señalar que:

a. las jóvenes con bajos logros educativos asumen tempranamente responsabilidades y cargas para las cuales no tienen suficientes recursos que movilizar;

b. pierden capacidad de acumular "capital humano", hipotecan su futuro y estrechan la posibilidad de efectuar opciones y tomar decisiones en el resto del curso de su vida contemplando una amplia gama de alternativas posibles; y,

c. en determinadas configuraciones, no resuelven a nivel objetivo el conflicto entre familia y trabajo (por ejemplo, las demandas entre el tiempo dedicado al trabajo doméstico y de mercado) y, probablemente, queda también pendiente un conflicto de identidad entre el modelo arraigado de madre y esposa, y las presiones económicas para desempeñarse en el ámbito público.

V. EVIDENCIAS INICIALES: GRUPOS DE REFERENCIA, PARTICIPACIÓN E IDENTIDADES

Lo expresado al final de la sección precedente comprende un conjunto de hipótesis y conjeturas que, como se verá, y a pesar del excesivo grado de agregación de las categorías de jóvenes, tienen suficiente apoyo empírico en el estudio realizado. De hecho, este conjunto de hipótesis avanzan proposiciones referidas a la relación entre el plano objetivo (secuencia de roles), el plano comportamental (participación, uso del tiempo) y el plano subjetivo (opiniones, evaluaciones e identificación).

En esta sección serán presentados y analizados un conjunto de indicadores directos -y proxy- a las variables subjetivas consideradas. En la encuesta efectuada se disponía de una serie de medidas que pueden ser examinadas desde el plano subjetivo o bien, como medidas asociadas a este plano. En particular, indicadores de participación en esferas institucionales (índice de participación en organizaciones formales), frecuencia de participación en grupos de pertenencia o de referencia (amistades), uso del tiempo libre, identificación con organizaciones o expresiones musicales, etc, percepción subjetiva de la relación costo/beneficio del esfuerzo por superarse, evaluación sobre su futuro, etc.

Cualquiera sea el indicador que se adopte, el conjunto de evidencias derivadas del análisis de los datos de la encuesta, cuando se comparan varones entre los niveles socioeconómicos bajo y alto, y se hace lo propio entre mujeres, muestra resultados consistentes[17]/. Los jóvenes de nivel socioeconómico bajo:

i. presentan sistemáticamente los perfiles más desfavorables en materia de participación en diversas esferas institucionales (Cuadro 1) [18]/;
ii. dedican mayor tiempo a mirar televisión o a "no hacer nada" (Cuadros 2 y 3);

---

[17]/ La construcción de la variable nivel socioeconómico fue realizada mediante un índice sumatorio simple a partir de cinco indicadores: nivel educativo, ocupación, ingreso (cuartiles), nivel y calidad de la vivienda y posesión de aparatos electrodomésticos.

[18]/ El índice mide el grado de participación en las siguientes organizaciones: a) profesionales, b) gremiales, c) políticas, d) religiosas y e) culturales y sociales. En cada organización el valor cero corresponde a la respuesta "no participa" y el valor uno a las respuestas "participa ocasionalmente" y "participa regularmente".

iii. manifiestan el menor grado de identificación con instituciones formales como partidos políticos, sindicatos, gremios, y asociaciones de la sociedad civil (Cuadro 4);
iv. se encuentran relativamente más aislados de los círculos de amigos (Cuadro 5);
v. son los que peor evalúan su desempeño en los últimos cinco años y sus perspectivas con respecto al futuro (Cuadro 3)[19]/;
vi. manifiestan un escepticismo mayor acerca de los beneficios que le reporta el esfuerzo personal (Cuadro 3)[20]/; y
vii. muestran, proporcionalmente, una mayor identificación con expresiones juveniles como son los grupos musicales (Cuadro 4).

En las mujeres es más notorio el síndrome de retraimiento, lo que se evidencia por los bajos índices de participación en diverso tipo de instituciones y por la alta frecuencia en que afirman que "no destinan tiempo para interactuar con amigos". Los porcentajes de retraimiento duplican en las mujeres de nivel socioeconómico bajo los correspondientes a las mujeres de nivel alto. También, con ligeras diferencias, las mujeres indican tener menos referentes institucionales de identificación que los hombres: mayor porcentaje de respuestas de que no se identifican con "nadie", y menor porcentaje de las que afirman identificarse con organizaciones.

Al mismo tiempo, es notable el impacto que tiene la constitución de la propia familia sobre el ámbito de participación y apertura al mundo de lo público. En todos los casos, en cualquier condición de nivel socioeconómico y de género, el casamiento o la formación de la pareja, tiene profundos efectos de insularización del joven de las redes de participación y eventual pertenencia. Las diferencias de la condición de emancipación muestran que los jóvenes solteros en cualquier categoría están más integrados a círculos de amigos y a organizaciones. No obstante, las situaciones extremas se registran nuevamente

---

[19]/ Las preguntas referidas a la comparación de la situación actual con respecto a cinco años antes permiten operacionalizar el grado en el cual la dimensión de lo público puede contribuir a la estructuración del proceso de emancipación. Al respecto, se construyó un índice simple compuesto por las preguntas referidas a la ocupación, los ingresos y la educación. La evaluación predominante indica que la mayor parte de los jóvenes consideran que actualmente están peor que hace cinco años. Peor en materia de ingresos lo señala un 66% de los jóvenes dependientes y un 76% de los emancipados; en materia de ocupación lo hacen respectivamente un 71% y un 75%, y con respecto a la educación, 49.0% y 58% respectivamente. El índice se redujo a dos valores calificando como más pesimistas a quiénes respondieron "peor" en, al menos, dos de las tres preguntas.

[20]/ La variable mide el grado de descreimiento del entrevistado acerca de la educación y el trabajo como canales institucionales efectivos para mejorar su situación personal.

entre las mujeres de nivel socioeconómico bajo y, en segundo lugar, entre las mujeres de nivel alto.

Estos patrones de comportamiento de las mujeres, podría estar confirmando el desarrollo de una "moral colateral" que proviene de su particular configuración en los ámbitos público y privado. Si fuera así, es posible que se desarrolle un mundo de lo "femenino" que tiende a reforzar la vigencia de la familia y del modelo de maternidad-paternidad tradicionales.

Dentro de un cuadro general de profundo pesimismo que caracteriza a toda la población encuestada, los hombres de nivel bajo manifiestan el más extremo pesimismo con respecto a su performance en los últimos 5 años y ven de manera más escéptica la relación esfuerzo/logro personal. Al mismo tiempo son los que dedican mayor tiempo a mirar televisión y "a no hacer nada", en relación a sus homónimos de nivel alto. En cuanto a su identificación, comparados con cualquier otra categoría de hombres o mujeres, son los que en mayor proporción se identifican con manifestaciones juveniles (conjuntos musicales) y en menor proporción con organizaciones formales. En materia de participación, es interesante notar que tanto con respecto al círculo de amigos como con respecto a instituciones, sus diferencias con el nivel alto no son de gran magnitud, sobre todo cuando se comparan con las de las mujeres.

En el otro extremo de la estratificación social, son los hombres de nivel socioeconómico alto los que presentan sistemáticamente los mejores índices de participación, registran más expresiones de identificación adulta, menor pesimismo, mayor confianza en el esfuerzo propio, y un grado muy bajo de tiempo dedicado a mirar televisión y a "no hacer nada". Pese a tener estos perfiles, el sólo hecho de constituir familia resiente sus niveles de participación e interacción con amigos al igual que en las otras categorías.

Cuadro 1
Porcentaje de jóvenes con bajo nivel de participación
por nivel socioeconómico y sexo, según condición de emancipación

Condición de emancipación	Nivel socioeconómico y sexo			
	Bajo		Alto	
	Masculino	Femenino	Masculino	Femenino
Dependientes solteros	34.0	56.5	30.1	40.6
Emancipados	53.0	61.7	38.3	52.0
Total	40.2	59.2	31.8	44.1

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 2
Dedicación media de tiempo para mirar TV y para no hacer nada
según nivel socioeconómico, condición de emancipación y sexo (en minutos por día)

Nivel socioeconómico, condición de emancipación y sexo	Tiempo para mirar TV	Tiempo para no hacer nada
Bajo		
Dependientes solteros		
Masculino	162	63
Femenino	158	47
Total	160	55
Emancipados		
Masculino	140	30
Femenino	142	37
Total	141	35
Alto		
Dependientes solteros		
Masculino	108	41
Femenino	98	44
Total	103	43
Emancipados		
Masculino	131	23
Femenino	95	15
Total	109	18
Total	**125**	**41**

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 3
Tiempo dedicado a mirar TV y a no hacer nada, auto-evaluación de los últimos cinco años y relación esfuerzo-logro, según nivel socioeconómico, condición de emancipación y sexo
(En porcentajes)

Nivel socioeconómico, condición de emancipación y sexo	Tiempo para mirar TV			Tiempo para no hacer nada			Auto-evaluación últimos 5 años		Relación esfuerzo/logro		
	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 1 hora diaria	Más de 1 hora diaria	Positiva	Negativa	Baja	Media	Alta
Bajo											
No emancipados											
Masculino	13.5	55.9	30.6	62.4	12.1	25.5	24.5	75.5	53.5	15.1	31.4
Femenino	13.7	56.1	30.1	63.9	10.0	26.0	29.1	70.9	56.3	17.1	26.6
Total	13.6	56.0	30.4	63.1	11.1	25.8	26.7	73.3	54.8	16.1	29.1
Emancipados											
Masculino	9.2	62.9	28.0	81.4	5.2	13.4	12.6	87.4	53.4	10.2	36.4
Femenino	17.0	58.4	24.5	74.3	9.3	16.4	23.7	76.3	61.5	12.7	25.8
Total	14.4	59.9	25.7	76.7	7.9	15.4	19.9	80.1	58.8	11.9	29.4
Alto											
No emancipados											
Masculino	16.7	69.7	13.6	67.0	14.2	18.8	27.7	72.3	49.5	18.4	32.1
Femenino	19.7	67.7	12.6	66.6	14.1	19.3	29.7	70.3	46.2	16.9	36.9
Total	18.1	68.7	13.1	66.8	14.2	19.0	28.7	71.3	47.9	17.7	34.4
Emancipados											
Masculino	11.2	74.2	14.6	80.9	10.1	9.0	22.6	77.4	53.8	19.4	26.8
Femenino	20.7	70.4	8.9	85.7	8.5	5.8	17.4	82.6	52.4	14.1	33.5
Total	17.1	71.8	11.1	83.9	9.1	7.0	19.4	80.6	52.9	16.1	31.0
Total	16.2 (236)	64.5 (941)	19.3 (282)	70.3 (1022)	11.5 (168)	18.2 (265)	25.2 (369)	74.8 (1095)	52.3 (766)	16.0 (234)	31.7 (464)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 4
Referentes sociales según nivel socioeconómico, condición de emancipación y sexo.
(En porcentajes)

Nivel socioeconómico, condición de emancipación y sexo	Quién lo representa mejor			Total	
	Una asociación	Un conjunto musical	Nadie		
Bajo					
No emancipados					
Masculino	21.9	31.0	47.2	100.0	(188)
Femenino	25.6	23.8	50.6	100.0	(170)
Total	23.6	27.6	48.8	100.0	(359)
Emancipados					
Masculino	18.5	14.2	67.3	100.0	(91)
Femenino	23.9	10.3	65.8	100.0	(178)
Total	22.1	11.6	66.3	100.0	(270)
Alto					
No emancipados					
Masculino	25.1	24.7	50.2	100.0	(329)
Femenino	29.6	14.2	56.3	100.0	(302)
Total	27.2	19.7	53.1	100.0	(632)
Emancipados					
Masculino	31.0	6.6	62.4	100.0	(84)
Femenino	29.4	7.5	63.1	100.0	(135)
Total	30.0	7.2	62.8	100.0	(218)
Total	25.8 (382)	18.3 (270)	55.9 (827)	100.0	(1479)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 5
Porcentaje de jóvenes que no destinan tiempo para estar con amigos por nivel socioeconómico y sexo, según condición de emancipación

Condición de emancipación	Nivel socioeconómico y sexo			
	Bajo		Alto	
	Masculino	Femenino	Masculino	Femenino
Dependientes solteros	13.0	18.5	10.4	9.6
Emancipados	39.2	51.8	28.5	30.6
Total	21.6	35.5	14.1	16.1

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

VI. SECUENCIA DE ROLES Y DISCONTINUIDADES SUBJETIVAS: ESTUDIO Y TRABAJO

En la sección precedente se hizo referencia a una distinción importante entre los senderos de adopción de roles adultos y el abandono de roles propios de los jóvenes. En particular, el abandono de los estudios entendido como la deserción del sistema de educación formal, y el ingreso al mercado de trabajo parecen ser dos procesos que según cómo operen secuencialmente uno con respecto al otro, tienen consecuencias relevantes sobre la integración del proceso de emancipación.

Si se distinguen las cuatro combinaciones lógicamente posibles provenientes de las dicotomías estudia-no estudia y trabaja-no trabaja, es posible conceptualizar cada una de las cuatro combinaciones de la siguiente forma, tal como se expresa también en el diagrama que sigue:

	No trabaja	Trabaja
Estudia	Adolescente	En transición
No Estudia	Aislado	Adulto

* La primer combinación corresponde el joven que estudia y no trabaja. Equivale a la típica situación de dependencia económica y residencial del joven. Se encuentra en la casi totalidad de los jóvenes solteros viviendo con sus padres. Esta condición es posible denominarla como "adolescente" para distinguirla de las otras.

* La combinación inversa, jóvenes que trabajan y han dejado el sistema escolar, corresponde a la configuración típica del sistema de roles "adultos".

* La tercera combinación, jóvenes que trabajan y estudian puede ser interpretada como formando parte de un proceso, más prolongado, de tránsito hacia la vida adulta. Por esta razón se denominan "en transición".

* Por último, la cuarta categoría de jóvenes que ni estudian, ni trabajan, reciben la denominación de "aislados" por cuanto, desde el punto de

vista de la secuencia de roles, han perdido posiciones estructurales en el mundo juvenil sin adquirirlas en el mundo adulto.

El Cuadro 6 muestra cómo se relacionan las condiciones de transición con las categorías de nivel socioeconómico y género. Una vez más se verifica la presencia del sistema de aportante único ("breadwinner") y los grados diferenciales de integración de los jóvenes:

i. Las condiciones de aislación corresponden mayoritariamente a los sectores relativamente más deprivados. Son los varones y las mujeres de nivel socioeconómico bajo quienes registran la mayor proporción de "aislados", casi una tercera parte de los varones y casi la mitad de las mujeres. Sólo una fracción mínima de los jóvenes de nivel alto (no más de un 10%), presentan esa condición. En consecuencia, puede afirmarse que la condición de aislado es prácticamente un atributo de los sectores juveniles de nivel socioeconómico bajo.

ii. Casi la mitad de los varones de los dos niveles sociales están incorporados al mercado de trabajo. En contraste, lo hace sólo una quinta parte de las mujeres de nivel bajo, y un tercio de las de nivel alto. El trabajo remunerado fuera del hogar continúa siendo en las nuevas generaciones un atributo básicamente masculino. Pero hay diferencias importantes: la incorporación al trabajo de los varones en relación a las mujeres es más marcada en los jóvenes de nivel socioeconómico bajo donde la proporción de "adultos" hombres, más que duplica la proporción correspondiente entre las mujeres. En el nivel alto, la presencia de la mujer en el mercado de empleo casi a la par del hombre indica, en cambio, una transformación significativa de los patrones tradicionales del sistema de aportante único.

iii. La condición de "transición" es casi una exclusividad de los sectores juveniles más altos, hombres y mujeres. Prácticamente, la alternativa de continuar estudiando cuando se han asumido responsabilidades en el mercado de trabajo, no existe para la juventud de nivel bajo. En otras palabras, no hay un período de tránsito en la secuencia de roles, ni tampoco, como fuera señalado, un período prolongado de inversión en "capital humano". Más bien, el pasaje a la vida adulta en estos jóvenes es brusco y comprende en un sólo paso el ingreso al trabajo y el abandono del sistema escolar.

Las tres consideraciones precedentes sugieren, mediante el análisis comportamental, la vigencia de diferentes "modelos de roles de género" entre los jóvenes. En particular, reafirman la idea avanzada en el Capítulo III, que

el modelo tradicional femenino de madre y esposa y de aportante masculino, tiene mayor vigencia en los estratos bajos y parece encontrarse en una etapa de transición en los jóvenes de nivel alto.

Cuando se observan estas diferencias a través del análisis de las actitudes y opiniones referentes a la división del trabajo según género (véase Cuadros 7, 8, 9 y 10) se comprueba que existe una proporción mayor de jóvenes de nivel bajo que están de acuerdo en que la función de la mujer es atender el hogar y la del hombre proveer los ingresos. No obstante, aunque es menor esta proporción en el nivel alto, la discrepancia relativa entre las opiniones de los hombres y las mujeres resulta más extrema que en el nivel bajo. Los hombres mantienen la ideología tradicional en mayor proporción que las mujeres. En el mismo sentido pueden interpretarse los Cuadros 9 y 10: el porcentaje de hombres que evalúan que la paternidad le impone limitaciones es mayor que el porcentaje de mujeres que encuentran una limitante en la maternidad.

Si se examina en términos dinámicos la transición desde un sistema tradicional de género hacia otro donde la funciones se distribuyen en forma más igualitaria, parece razonable concluir que tal transición avanza sobre la base de una tensión interna de la pareja cuyas consecuencias, han sido examinadas por Kaztman (1992)[21]/.

A partir del Cuadro 6, es posible conocer con más propiedad los clivajes estructurales asociado el grado de integración de los jóvenes. El análisis que sigue a continuación pone en evidencia que la consideración conjunta de las dimensiones de trabajo y estudio, son explicativas del grado de participación en la esfera pública y privada, así como del grado de activismo de los jóvenes en materia del uso de sus tiempos.

Los jóvenes "aislados" son los que presentan los índices de participación más bajos, a diferencia de los jóvenes en la condición "en transición" en donde se encuentran los más altos índices. Aun más, su participación es más baja que la de los "adolescentes" (véase Cuadro 11). Los primeros son también los que manifiestan con mayor frecuencia respuestas polarizadas a la pregunta sobre que tiempo destina para los amigos: o son los más retraídos (una tercera parte que no destina ningún tiempo, compuesta sobre todo por mujeres) o son los más sociables, predominando en este caso los varones con una muy elevada intensidad de interacción equivalente a 4 o más horas diarias destinadas a estar con sus amigos (véase Cuadros 13 y 14).

---

[21]/ Kaztman R., "Por qué los hombres son tan irresponsables", en Revista de la CEPAL, No. 46, Santiago de Chile, abril de 1992.

Adicionalmente, son los jóvenes "aislados" los que dedican más tiempo a ver televisión: casi una tercera parte dedica 4 horas diarias o más, o sea, el doble que los "adultos", cuatro veces más que de los jóvenes "en transición" y una proporción superior que en los "adolescentes" (véase Cuadro 12). La misma pauta, con ligeras diferencias, se encuentra para el tiempo dedicado a "no hacer nada". Con respecto a la pregunta sobre "con quién conversa sus preocupaciones", los jóvenes "aislados" junto con los "adultos" refieren más a la familia y menos al círculo de amigos como principal grupo de referencia (véase Cuadro 15).

La evaluación comparativa que se plantea entre su situación cinco años atrás y el presente, indica que para la totalidad de los jóvenes hay una percepción básicamente pesimista, que se vuelve ligeramente más desfavorable en los jóvenes "aislados" y en los "adultos". Estas diferencias son más fuertes para los jóvenes de nivel alto mientras que el pesimismo generalizado de los de nivel bajo no registra variaciones de igual importancia. En los jóvenes de nivel alto, el hecho de estar fuera del sistema educativo y no estar incorporado al mercado de trabajo se asocia al más alto nivel de disconformidad encontrado entre todas las configuraciones y niveles sociales considerados (véase Cuadro 16).

Es consistente por otra parte, la evaluación ligeramente menos pesimista que emiten los jóvenes "en transición" que continúan apostando al sistema educativo y trabajan. No obstante, los resultados no muestran una reversión significativa de su grado de pesimismo en comparación con los jóvenes de la configuración opuesta que no participan en ninguna de las dos esferas. La información evidencia que la inversión en el sistema educativo sumada a la condición de trabajador activo, mejora muy poco la evaluación negativa con respecto al desempeño pasado en el ámbito público. De asumirse como correcto este juicio, la persistencia en proseguir estudios al mismo tiempo que se trabaja, no parece conducir a una situación sensiblemente mejor.

Naturalmente, esto sugiere la conveniencia de relacionar estos resultados con algunos de los problemas señalados reiteradamente por la literatura especializada referidos a la relación entre la calidad de la oferta educativa y su inadecuación al mundo del trabajo. Es posible también, que tales efectos se vean reforzados por el incremento de las expectativas de movilidad social que se asocian a una mayor inversión en educación y a la consiguiente frustración resultante de no satisfacerlas.

Dos consideraciones finales:

* En primer lugar, la percepción de que el desempeño en la esfera pública obedece a una ecuación de tipo costo-beneficio negativa, es decir, "el esfuerzo no compensa", se registra en mayor proporción entre los jóvenes plenamente incorporados al mercado de empleo, "adultos", y en los "aislados". Una vez más, se verifica en esta última categoría una evaluación que sugiere la falta de funcionalidad del sistema de roles conformado en el plano de lo público en tanto mecanismo estructurador de identidades (véase Cuadro 17).

* En segundo lugar, la identificación juvenil con "un conjunto musical" es más alta, como sería de esperar, en los "adolescentes" pero en segundo lugar lo es entre los jóvenes "aislados". Inversamente, el tipo de identificación con organizaciones formales predomina relativamente entre los jóvenes "en transición" -sobre todo de nivel bajo- y no existen diferencias significativas entre las otras tres categorías (véase Cuadro 18).

Cuadro 6
Relación trabajo-estudio por nivel socioeconómico y sexo
(En porcentajes)

Relación trabajo-estudio	Nivel socioeconómico y sexo				
	Bajo		Alto		
	Masculino	Femenino	Masculino	Femenino	Total
Adolescente	19.3	28.6	24.7	30.3	26.2 (387)
En transición	3.6	3.1	21.1	25.4	14.8 (219)
Adulto	45.7	22.0	47.7	34.9	37.5 (554)
Aislado	31.4	46.3	6.5	9.4	21.5 (318)
Total	100.0 (280)	100.0 (349)	100.0 (413)	100.0 (437)	100.0 (1479)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 7
Percepción de la función de la mujer en el hogar según nivel socioeconómico y sexo
(En porcentajes)

La función de la mujer es atender el hogar	Nivel socioeconómico y sexo								
	Bajo			Alto			Total		
	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino	Total
De acuerdo	51.0	49.0	100.0	60.2	39.8	100.0	55.2	44.8	100.0 (674)
	67.0	52.4	58.9	45.7	28.4	36.8	54.3	38.9	46.2
Indiferente	32.5	67.5	100.0	62.8	37.2	100.0	52.4	47.6	100.0 (178)
	7.2	12.1	9.9	18.0	10.0	13.9	13.6	10.9	12.2
En desacuerdo	37.2	62.8	100.0	35.6	64.4	100.0	36.1	63.9	100.0 (608)
	25.9	35.5	31.2	36.3	61.7	49.4	32.1	50.2	41.7
Total	44.9	55.1	100.0	48.4	51.6	100.0	46.9	53.1	100.0 (1460)
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 8
Percepción de la función del hombre en el hogar, por nivel socioeconómico y sexo
(En porcentajes)

La función del hombre es proveer los ingresos	Nivel socioeconómico y sexo								
	Bajo			Alto			Total		
	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino	Total
De acuerdo	48.5	51.5	100.0	56.9	43.1	100.0	52.5	47.5	100.0 (804)
	75.0	64.2	69.0	52.8	37.6	45.0	61.7	49.3	55.1
Indiferente	29.9	70.1	100.0	54.6	45.4	100.0	45.1	54.9	100.0 (111)
	4.6	8.7	6.9	9.1	7.1	8.1	7.3	7.8	7.6
En desacuerdo	37.8	62.2	100.0	39.4	60.6	100.0	38.9	61.1	100.0 (543)
	20.4	27.0	24.1	38.1	55.2	46.9	31.0	42.8	37.3
Total	44.6	55.4	100.0	48.5	51.5	100.0	46.9	53.1	100.0 (1458)
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 9
Opinión sobre las limitaciones de la paternidad según nivel socioeconómico y sexo
(En porcentajes)

Opinión: la paternidad limita la realización del hombre	Nivel socioeconómico y sexo								
	Bajo			Alto			Total		
	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino	Total
De acuerdo	56.0	44.0	100.0	73.2	26.8	100.0	63.8	36.2	100.0 (230)
	25.5	16.2	20.3	18.7	6.5	12.5	21.4	10.8	15.8
Indiferente	48.5	51.5	100.0	60.7	39.3	100.0	55.2	44.8	100.0 (252)
	19.9	17.1	18.4	20.5	12.6	16.5	20.3	14.6	17.3
En desacuerdo	39.8	60.2	100.0	41.7	58.3	100.0	41.0	59.0	100.0 (975)
	54.6	66.7	61.3	60.8	80.9	71.1	58.3	74.6	66.9
Total	44.7	55.3	100.0	48.8	51.2	100.0	47.0	53.0	100.0 (1457)
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 10
Opinión sobre las limitaciones de la maternidad según nivel socioeconómico y sexo
(En porcentajes)

Opinión: la maternidad limita la realización de la mujer	Nivel socioeconómico y sexo								
	Bajo			Alto			Total		
	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino	Total	Masculino	Femenino	Total
De acuerdo	40.5	59.5	100.0	51.3	48.7	100.0	46.1	53.9	100.0 (609)
	43.4	51.2	47.8	39.0	35.3	37.1	40.8	42.4	41.6
Indiferente	45.8	54.2	100.0	54.9	45.1	100.0	51.4	48.6	100.0 (250)
	16.1	15.3	15.7	20.4	16.0	18.1	18.7	15.7	17.1
En desacuerdo	49.3	50.7	100.0	44.3	55.7	100.0	46.2	53.8	100.0 (604)
	40.5	33.4	36.6	40.6	48.8	44.8	40.5	42.0	41.3
Total	44.6	55.4	100.0	48.8	51.2	100.0	47.0	53.0	100.0 (1463)
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 11
Índice de participación según relación trabajo-estudio y nivel socioeconómico
(En porcentajes)

	Adolescente			En transición			Adulto			Aislado			Total				
	Participación:			Participación:			Participación:			Participación:			Participación:				
	Ninguna	Media	Alta	Ninguna	Media	Alta	Ninguna	Media	Alta	Ninguna	Media	Alta	Ninguna	Media	Alta	Total	
Nivel socioeconómico																	
Bajo	37.3	35.7	27.0	49.4	25.9	24.7	52.0	31.2	16.8	58.1	29.7	12.2	50.7	31.6	17.7	100	(629)
Alto	36.7	36.9	26.4	29.0	37.2	33.8	42.5	37.3	20.2	46.9	35.7	17.4	38.1	37.0	24.9	100	(850)
Total	36.9	36.4	26.7	31.0	36.1	32.9	46.0	35.1	18.9	55.7	31.0	13.3	43.5	34.7	21.8	100	(1479)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 12
Tiempo dedicado a mirar TV según relación trabajo-estudio y nivel socioeconómico
(En porcentajes)

	Adolescente			En transición			Adulto			Aislado			Total				
	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	Total	
Nivel socioeconómico																	
Bajo	13.9	54.3	31.9	24.7	53.9	21.4	14.4	65.7	19.9	13.2	52.8	34.0	14.1	57.4	28.5	100.0	(628)
Alto	13.1	71.7	15.3	25.3	69.2	5.5	17.6	70.2	12.2	15.6	60.2	24.2	18.0	69.6	12.5	100.0	(847)
Total	13.4	64.8	21.8	25.3	67.7	7.0	16.4	68.5	15.1	13.7	54.4	31.9	16.3	64.4	19.3	100.0	(1475)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 13
Tiempo dedicado a no hacer nada según relación trabajo-estudio y nivel socioeconómico
(En porcentajes)

	Adolescente			En transición			Adulto			Aislado			Total				
	No destina	Hasta 1 hora diaria	Más de 1 hora diaria	No destina	Hasta 1 hora diaria	Más de 1 hora diaria	No destina	Hasta 1 hora diaria	Más de 1 hora diaria	No destina	Hasta 1 hora diaria	Más de 1 hora diaria	No destina	Hasta 1 hora diaria	Más de 1 hora diaria	Total	
Nivel socioeconómico																	
Bajo	61.2	14.0	24.8	73.0	15.8	11.2	75.7	8.9	15.5	68.6	7.1	24.3	69.2	9.7	21.2	100.0	(624)
Alto	59.3	17.2	23.4	73.2	14.0	12.8	77.1	10.9	12.0	76.8	2.8	20.5	71.3	12.7	16.0	100.0	(844)
Total	60.1	16.0	24.0	73.2	14.2	12.6	76.6	10.1	13.3	70.3	6.2	23.5	70.4	11.4	18.2	100.0	(1468)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 14
Tiempo dedicado a estar con amigos según relación trabajo-estudio y nivel socioeconómico
(En porcentajes)

	Adolescente			En transición			Adulto			Aislado			Total				
	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	No destina	Hasta 4 horas diarias	4 horas diarias y más	Total	
Nivel socioeconómico																	
Bajo	9.8	46.2	44.0	11.2	64.1	24.7	40.8	47.1	12.1	33.7	44.9	21.4	29.5	46.6	24.0	100.0	(626)
Alto	8.1	71.2	20.7	14.5	72.2	13.3	18.8	71.6	9.6	22.8	50.6	26.7	15.2	69.9	14.9	100.0	(846)
Total	8.8	61.3	29.9	14.2	71.4	14.4	26.9	62.6	10.5	31.4	46.1	22.5	21.2	60.0	18.8	100.0	(1472)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 15
Personas con las cuales conversa sus preocupaciones según relación trabajo-estudio y nivel socioeconómico
(En porcentajes)

	Adolescente		En transición			Adulto			Aislado		Total			
	Familia	Amigos	Familia	Amigos	Trabajo	Familia	Amigos	Trabajo	Familia	Amigos	Familia	Amigos	Trabajo	Total
Nivel socioeconómico														
Bajo	54.0	46.0	63.9	36.1	0	83.3	16.7	0	76.9	23.1	72.8	27.2	0	100.0 (595)
Alto	57.3	42.7	58.8	40.7	0.5	74.4	24.8	0.9	72.9	27.1	65.8	33.8	0.5	100.0 (808)
Total	56.0	44.0	59.3	40.3	0.5	77.7	21.8	0.5	76.0	24.0	68.7	31.0	0.3	100.0 (1403)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 16
Auto-evaluación de los últimos cinco años según relación trabajo-estudio y nivel socioeconómico
(En porcentajes)

	Adolescente		En transición		Adulto		Aislado		Total		
	Positiva	Negativa	Positiva	Negativa	Positiva	Negativa	Positiva	Negativa	Positiva	Negativa	Total
Nivel socioeconómico											
Bajo	29.8	70.2	30.3	69.7	20.2	79.8	23.2	76.8	24.1	75.9	100.0 (629)
Alto	29.0	71.0	31.0	69.0	24.2	75.8	14.6	85.4	26.3	73.7	100.0 (850)
Total	29.3	70.7	31.0	69.0	22.7	77.3	21.3	78.7	25.4	74.6	100.0 (1479)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 17
Percepción de la relación esfuerzo-logro según relación trabajo-estudio y nivel socioeconómico
(En porcentajes)

	Adolescente			En transición			Adulto			Aislado			Total			
	Baja	Media	Alta	Baja	Media	Alta	Baja	Media	Alta	Baja	Media	Alta	Baja	Media	Alta	Total
Nivel socioeconómico																
Bajo	49.3	19.6	31.1	55.1	14.7	30.2	59.5	13.0	27.6	58.7	12.0	29.3	56.5	14.3	29.2	100.0 (624)
Alto	43.9	17.2	38.9	45.1	16.0	38.9	56.2	17.3	26.5	43.9	21.2	35.0	49.2	17.3	33.5	100.0 (840)
Total	46.1	18.1	35.8	46.1	15.9	38.1	57.4	15.7	26.9	55.5	14.0	30.5	52.3	16.0	31.7	100.0 (1464)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

Cuadro 18
Referentes sociales según relación trabajo-estudio y nivel socioeconómico
(En porcentajes)

	Adolescente			En transición			Adulto			Aislado			Total			
	Una asociación	Conjunto musical	Nadie	Una asociación	Conjunto musical	Nadie	Una asociación	Conjunto musical	Nadie	Una asociación	Conjunto musical	Nadie	Una asociación	Conjunto musical	Nadie	Total
Nivel socioeconómico																
Bajo	26.0	29.5	44.6	40.5	15.8	43.8	16.8	19.1	64.1	24.7	17.1	58.2	23.0	20.7	56.3	100.0 (629)
Alto	27.5	21.7	50.8	30.6	14.8	54.6	26.1	13.3	60.6	31.2	19.7	49.1	28.0	16.5	55.6	100.0 (850)
Total	26.9	24.8	48.3	31.5	14.9	53.6	22.7	15.5	61.9	26.1	17.6	56.3	25.8	18.3	55.9	100.0 (1479)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.

VII. CUANDO EL MOMENTO DE LA EMANCIPACIÓN IMPORTA

El hecho de posponer o adelantar el cambio de roles, o de invertir la secuencia de los mismos, tiene efectos que inciden no sólo en las configuraciones particulares más inmediatas de los jóvenes sino que condicionan gran parte de su trayectoria futura durante todo su ciclo de vida. En los capítulos precedentes se ha tratado de demostrar, en primer lugar, cómo las circunstancias de la transición -edad del cambio de roles- durante el curso de vida es afectada por la posición en la estructura social y por las diferencias de género.

En segundo lugar, se examinaron algunas de las consecuencias más inmediatas de las configuraciones juveniles con respecto a un conjunto de variables comportamentales y actitudinales. Los resultados encontrados tales como el grado de participación, de identificación con instituciones, aislamiento, uso del tiempo libre, grado de escepticismo con respecto a la relación esfuerzos-logros, etc, permitieron poner en evidencia configuraciones indicativas de chances y limitaciones disímiles entre los jóvenes que actúan como condicionantes para el tránsito ulterior durante su ciclo de vida.

En tercer lugar, en el apartado anterior, fue examinado un caso particular de los efectos que tienen diferentes configuraciones de roles, adoptando para ello las dimensiones en el "mundo de lo público": el empleo y la educación. Se demostró que el adelanto relativo de una dimensión sobre otra o la inversión de la secuencia tenía efectos significativos sobre aspectos comportamentales y actitudinales indicativos de aquellas chances y limitaciones.

El análisis que sigue aborda el mismo problema pero lo hace desde una perspectiva diferente. En la sección introductoria se llamó la atención sobre la necesidad de considerar el momento en que el joven, siguiendo la "secuencia de roles", asume o abandona determinadas posiciones en la estructura social. Dicho proceso se caracterizó como un tipo de cambio que ocurre teniendo en cuenta la edad absoluta del joven, tal como fuera examinado a través de los gráficos.

Lo importante en esta nueva aproximación no es la edad absoluta del joven sino la edad relativa en la cual se produce el cambio de roles en comparación con la edad promedio en que lo hace su cohorte de pertenencia.

Ya se vieron ejemplos en que la sociedad establece formal y legalmente en forma muy precisa algunas de las edades de estos "pasajes". Por otra parte,

se señaló también como una de las características de la sociedad contemporánea la creciente indefinición normativa de las "edades normales" correspondientes al proceso de emancipación en el plano no formal; por ejemplo, que en el correr del tiempo se han hecho más difusas las normas consensuales acerca de cuál es la edad adecuada para formar pareja, para tener hijos, para comenzar a trabajar, y así por delante.

No obstante, estudios recientes muestran que la edad relativa continúa teniendo un efecto importante sobre las continuidades y discontinuidades subjetivas de la juventud y sobre su desempeño futuro durante el ciclo de vida[22]/. No es claro, sin embargo, qué tipo de mecanismos operan para producir tal efecto. Aquí, sólo se avanzarán dos interpretaciones.

a. Una primera interpretación asume que los problemas generados por el desajuste entre la edad promedio y la edad real en que cada individuo cambia de rol, provienen de la desviación de cierto consenso normativo sobre lo que debería ser el momento "normal" del cambio. Por ejemplo, la estigmatización de la mujer soltera luego de cierta edad, o la del joven recién llegado a una ocupación antes de la edad "debida". Esto parece ser así, aún si se tiene en cuenta el debilitamiento creciente de las normas consensuales de entrada y salida de los roles.

b. Una segunda interpretación, que también parece ser adecuada, se encuentra en otra vertiente que percibe los efectos del desajuste en términos de sociabilidad e interacción. Así por ejemplo, aquellos jóvenes que abandonan el sistema escolar tempranamente, antes de la edad en que lo hacen los otros jóvenes de su cohorte, pierden una esfera importante de interacción con sus pares, resienten o abandonan sus grupos de pertenencia, empobrecen sus referentes simbólicos y de identidad, dejan de participar en una gran diversidad de actividades asociadas al ámbito escolar y, eventualmente, disponen de un tiempo libre que no puede ser "acompañado" por sus pares. Contrariamente, el posponer la edad de salida del sistema escolar cuando su cohorte lo ha hecho antes, no tiene el mismo efecto de dislocamiento con sus esferas de participación y referencia.

---

[22]/ White M., Foner A, y Waring J; (op.cit.) citan el estudio de Elder G. (1986) en el que se demuestra que la conscripción o el servicio militar tienen por efecto interrumpir transitoriamente la asistencia al sistema de educación formal o la carrera ocupacional, pero al mismo tiempo tienen efectos positivos al posponer la secuencia de roles. Precisamente, por estas razones, permite en algunos casos escapar a una fijación excesivamente temprana y desventajosa de la configuración de roles. Ref: Elder G., "Military Times and Turning Points in Men's Lives", Development Psychology, No.22, 1986.

Como la secuencia de roles opera al mismo tiempo en múltiples dimensiones, la consideración aislada de una sola no permite saber si el joven en otra dimensión (por ejemplo, el trabajo) no recrea nuevas formas de sociabilidad, identificación y pertenencia. Pero es importante advertir, sin embargo, que la configuración individual en una de las dimensiones de la emancipación, puede ser contrastada con el comportamiento seguido en otras dimensiones al mismo tiempo. De esta forma, es posible establecer la configuración de roles asociados a la variable que se estudia. Esta será la estrategia del análisis que sigue a continuación.

Para examinar estos efectos, en términos operativos se construyó una medida de consistencia para la variable "edad relativa en que el joven se retira del sistema educativo".

Aquellos jóvenes que asisten al sistema educativo en edades menores que la edad promedio en que deja de asistir su categoría de referencia (niveles socioeconómicos bajo y alto respectivamente) se definen como "consistentes". Los que han abandonado el sistema escolar antes de la edad promedio de su categoría de referencia se definen como "prematuros", en tanto aquellos que abandonaron el sistema escolar en edades superiores a la media se denominan "tardíos"[23]/.

Naturalmente, para el análisis interesa sobre todo comparar las categorías inconsistentes. Para ello, se examina la relación entre las categorías de la tipología con un conjunto de variables comportamentales y actitudinales seleccionadas. El adelanto o rezago relativo de la edad en que se tiene el primer hijo y la edad en que se abandona el sistema educativo serán relacionados con las respuestas encontradas en materia de: a) el grado de participación del joven; b) las instituciones con las que el joven se identifica; c) con el uso del tiempo cotidiano (activismo-pasividad); y d) con el grado de optimismo con respecto al pasado y al futuro.

---

[23]/ Debido a la necesidad de contar con un número suficiente de casos en cada categoría, la operacionalización efectuada no toma en cuenta la categoría de jóvenes "consistentes" que corresponden al núcleo de jóvenes que hacen el cambio de rol en el valor medio o, más adecuadamente, en un entorno razonable de edades próximas al valor medio. Como resultado de esta opción, no se maximiza la variación entre "prematuros" y "tardíos" de manera de favorecer el poder discriminante de las variables.

Configuraciones de roles y abandono del sistema educativo

El abandono prematuro o tardío del sistema educativo está asociado a configuraciones de roles diferentes y bien definidas (véase Cuadro 19). En todos los grupos de jóvenes clasificados de acuerdo a sexo y nivel socioeconómico, se repiten idénticas configuraciones. Los jóvenes definidos como "consistentes" -que aún no han tenido hijos en las edades inferiores a la edad promedio de su categoría- son los de menor edad (promedio que oscila entre 17 y 19 años), muy pocos se han emancipado, casi ninguno tiene hijos, y en su gran mayoría no trabajan. Son, en realidad, los "adolescentes" de la tipología anterior. En el extremo opuesto se encuentran los "prematuros": edad promedio superior a los consistentes en cinco o seis años (22 a 23 años), trabajan en su mayoría (los varones), han formado hogar en mayor proporción (las mujeres), y todos tienen más hijos que cualquier otra categoría. En los "tardíos" la configuración de roles es similar en cuanto a la edad promedio de los "prematuros", sin embargo, en relación a los otros atributos, es mucho menor la proporción de familias constituidas, la incorporación al trabajo, y el número de hijos. Mientras que la configuración de roles de los "prematuros" se aproxima a la condición de adultos, la de los "tardíos" corresponde a una fase de transición hacia esa condición. Por lo tanto, si la edad promedio de "prematuros" y "tardíos" es la misma, no puede atribuirse a la edad las diferencias que se encuentren en materia de actitudes y comportamientos, sino a la particular configuración de roles de cada tipo.

Incidencia en los niveles de satisfacción

Uno de las relaciones más importantes que arroja el análisis de los tipos construidos se refiere al grado de pesimismo con que los jóvenes evalúan su experiencia pasada más inmediata. El nivel de insatisfacción medido por el índice de pesimismo, pone en evidencia que el valor de 74% encontrado para toda la muestra registra variaciones entre las categorías de la tipología que oscilan entre un valor mínimo de 67% y uno máximo de 95% (véase Cuadro 20).

A diferencia del hecho relativamente obvio de que los más optimistas se encuentran siempre entre los grupos más jóvenes que continúan estudiando, que aún no han formado hogar, no tienen hijos y en su casi totalidad no trabajan, las categorías de "prematuros" y "emancipados" corresponden a niveles más altos de insatisfacción y presentan resultados disímiles de acuerdo al nivel socioeconómico y sexo.

El retiro tardío del sistema educativo entre los varones de nivel bajo está asociado al nivel más alto de disconformidad con su trayectoria pasada. Esto es así en comparación con todas las otras categorías examinadas. Para estos jóvenes, la continuación de los estudios no parece ser redituable y genera frustración. En el otro extremo de la estratificación, la insatisfacción mayor se encuentra entre las mujeres de nivel alto "prematuras".

No es posible interpretar estos resultados si no se toma en cuenta la forma diferente en que opera el sistema educativo para los jóvenes de nivel bajo y alto, y para hombres y mujeres. En principio, los resultados pueden parecer inconsistente, pero de hecho no lo son porque los desajustes a más o a menos de la edad promedio no tienen normativamente un significado simétrico para los dos niveles sociales y menos aún para varones y mujeres.

Es probable que para los jóvenes del nivel bajo, la edad de abandono de los estudios esté asociada a la idea más general de que su condición particular corresponde a un ciclo corto de estudios. Esta imagen puede provenir del comportamiento seguido por su grupo de referencia que se caracteriza por abandonar los estudios a determinada edad, entrar al mercado de trabajo, formar pareja y tener hijos, con una considerable antelación respecto a sus pares de nivel más alto. Complementariamente, es posible que la prolongación de los estudios no sea percibida como una inversión redituable dadas las limitaciones reales de los jóvenes de nivel bajo para aspirar a las ocupaciones más altas que demandan una inversión educativa significativamente superior. Por estas razones, el hecho de prolongar los estudios en el nivel bajo, constituye un comportamiento desviado de mucho mayor significación que la desviación de los "prematuros". La primer desviación va contra la norma grupal, la segunda no. El retiro temprano del sistema educativo en los jóvenes varones de nivel bajo tiene sus recompensas y tal vez por esta razón es bastante habitual. Le permite al joven acceder tempranamente al trabajo remunerado y con ello obtener dos logros importantes en el corto plazo: disponer de recursos propios que de otra forma no los podría obtener, y lograr una mayor independencia de sus padres.

Es comprensible, de acuerdo a esta interpretación, que la insatisfacción sea relativamente más alta en los jóvenes varones "tardíos" de nivel bajo que en los jóvenes "prematuros". Pero además, la incidencia que tiene el posponer la salida del sistema educativo sobre el grado de satisfacción resulta doblemente importante si se tiene en cuenta que la configuración de roles en uno y otro caso debería dar el resultado contrario. Es decir, una mayor disconformidad de los jóvenes "prematuros" que son los que tiene una configuración consistentemente adulta (roles familiares, elevado número de hijos e incorporación al mercado de trabajo), en contraste con los jóvenes

"tardíos" que continúan estudiando o lo han hecho hasta edades avanzadas, han formado pareja pero tienen muchos menos hijos que los "prematuros" y están incorporados al mercado de trabajo en mucho menor proporción.

Por su parte, lo contrario ocurre en el nivel alto. Dejar los estudios a edades más jóvenes que el promedio es también un comportamiento atípico, desviado, con respecto a la "norma". Por lo tanto, "tardíos" en el nivel bajo y "prematuros" en el nivel alto, son igualmente casos desviados y no debe sorprender que se encuentren en estas categorías los niveles relativos más altos de insatisfacción o pesimismo de las categorías inconsistentes. El joven de nivel bajo no parece sentirse satisfecho o no le es redituable la opción efectuada de posponer su salida del sistema educativo, invertir más en educación y generar mayores expectativas. En este caso, el joven continúa perteneciendo e interactuando en un contexto que de alguna forma, no es el suyo.

En los jóvenes de nivel alto, la anticipación de la salida del sistema escolar implica el desprendimiento de un conjunto de relaciones e interacciones que son propias de su cohorte. Continuar estudiando no es, de hecho, un comportamiento desviado, en todo caso es una apuesta a ocupaciones más altas percibidas como accesibles y a un mejor desempeño futuro en la esfera del trabajo y de los ingresos.

No obstante, corresponde preguntarse por qué este tipo de evaluación característica de los varones de nivel bajo, no se repite en las mujeres del mismo nivel. La única interpretación plausible radica en la consideración de los modelos de emancipación diferenciales entre lo público y lo privado existentes entre hombres y mujeres.

Para las mujeres de nivel bajo, como ya se vio, lo más relevante no es el ámbito de lo público. Sus parámetros de evaluación no son iguales a los del hombres y, en consecuencia, su insatisfacción proviene sobre todo de la capacidad de sostener la familia dada su condición predominante de emancipada y por el hecho de tener hijos. Dados estos referentes, su evaluación depende menos de su desempeño en la esfera pública, de su incorporación al mercado de trabajo y de su retiro del sistema educativo. En el nivel bajo, el caso de las jóvenes "prematuras" corresponde a la categoría que tiene la mayor carga de responsabilidades fruto de la alta proporción de jóvenes emancipadas que, al mismo tiempo, tienen el mayor número de hijos (más del doble que los varones de su mismo nivel). Por esta razón, la más alta disconformidad encontrada en los jóvenes varones "tardíos" de nivel bajo no se verifica para las mujeres de igual condición. Contrariamente, las jóvenes de nivel bajo que asumieron tempranamente los roles de madre y esposa, tienen niveles similares de pesimismo que las "tardías".

La misma interpretación puede ser adecuada para explicar por qué las mujeres de nivel alto "prematuras" presentan uno de los más altos índices de pesimismo. Si efectivamente es cierto que entre las mujeres de este nivel se encuentra el mayor grado de tensión entre un modelo tradicional de roles femeninos y un modelo moderno de igualdad de género, la salida prematura del sistema educativo, unida a su mayor incorporación al marcado laboral, a la formación de la familia y a la tenencia de hijos, corresponde a una de las configuraciones más proclives a la frustración y al pesimismo. Con una edad promedio de 23 años, más de la mitad de las mujeres "prematuras" ya han formado hogar, un 76% trabajan, todas han salido del sistema educativo, y pertenecen, al mismo tiempo, a la categoría que figura en segundo lugar en el orden de rango de "número de hijos". De acuerdo a los modelos normativos de roles femeninos, la configuración de roles de las mujeres "tardías" en ese mismo nivel no parece corresponder a combinaciones igualmente conflictivas. En cuanto a los hombres de nivel alto, su comportamiento sigue las mismas pautas que la mujer pero lo hace con diferencias menos significativas.

En suma, la mayor disconformidad de los jóvenes se localiza en las categorías que contienen una mayor tensión del sendero de emancipación entre el ámbito de lo público y lo privado. Esto se manifiesta en los varones de nivel bajo en la prolongación de su condición de estudiante por encima de la edad promedio de su categoría de referencia, dentro de una configuración de roles correspondiente a una etapa intermedia de su transición emancipatoria. En las mujeres de nivel alto, la mayor disconformidad proviene de una situación en la cual se sale tempranamente del sistema educativo dentro de una configuración de roles plenamente consolidada en el ámbito privado.

Es interesante advertir que el elevado pesimismo de los jóvenes "tardíos" de nivel bajo en comparación con los jóvenes "prematuros", no corresponde a pautas más altas de retraimiento, pasividad, y patrones de identificación juveniles. Los cuadros que se presentan a continuación demuestran que los jóvenes "tardíos" para todas las categorías consideradas y en particular para los jóvenes varones de nivel bajo, están más integrados que los "prematuros", son relativamente más participantes (véase Cuadro 21), se identifican más con múltiples asociaciones y organizaciones formales (véase Cuadro 22), y demuestran menores niveles de exposición a la televisión (véase Cuadro 23). Únicamente en la variable "tiempo para no hacer nada" los resultados no son consistentes con esta pauta general.

Examinados los cuadros con más detalle, entre los "prematuros" se encuentra una mayor proporción de tiempo dedicado a mirar televisión en relación a los jóvenes "tardíos". Entre estos últimos, en cambio, se registran

sistemáticamente y para todas las categorías examinadas, los más bajos índices de pasividad.

En segundo término, son los jóvenes "tardíos" los que muestran en relación a los "prematuros" y para todas las categorías consideradas, que el hecho de posponer la salida del sistema escolar, favorece la identificación con organizaciones formales de la sociedad y reduce relativamente su identificación con expresiones juveniles. En tercer lugar, la no identificación ("nadie") sigue la misma pauta, y por último, el índice de participación es más satisfactorio en los jóvenes "tardíos" que en los "prematuros".

De acuerdo a los resultados expuestos, todo parece indicar que hay dos focos problemáticos de los jóvenes varones de nivel bajo: a) los que anticiparon la salida del sistema educativo resienten los mecanismos de integración social, son más retraídos y socialmente aislados; b) los que posponen su salida evidencian una más alta frustración y desconformidad. En cierta forma, es posible afirmar que tales conflictos provienen de su mayor grado de integración social y no de su marginalidad.

Para finalizar, el Cuadro 24 presenta una desagregación de la evaluación que hacen los jóvenes respecto a su performance más reciente en un conjunto de dimensiones. El empleo y los ingresos son las dimensiones que los jóvenes en general evalúan como más problemáticas, siendo los varones de nivel bajo quienes manifiestan una mayor criticidad. Consistentemente con lo anterior, son los jóvenes "tardíos" quienes muestran el mayor grado de insatisfacción en relación a los "prematuros" y a los "consistentes". Pero cuando se evalúa la dimensión "estudios", la insatisfacción es considerablemente menor y no sigue las regularidades encontradas entre "prematuros" y "tardíos".

Aparentemente, el pesimismo y la insatisfacción con el desempeño individual no se atribuye subjetivamente al orden educativo sino a las dos dimensiones que supuestamente deberían ser favorecidas por la inversión educativa: el empleo y los ingresos. Es posible que la vigencia de una fuerte ideología educacional contribuya a esta valoración relativamente más positiva de la educación, pero ciertamente, la tres dimensiones consideradas conjuntamente no ofrecen al joven un horizonte de orientación medianamente consistente.

Por esta razón, es razonable encontrar que otras dos dimensiones consideradas en el Cuadro 24, respecto a la inseguridad personal y a las perspectivas de futuro, registren en los jóvenes varones de nivel bajo, los más elevados índices de pesimismo e insatisfacción.

Lo que resulta más importante del examen del Cuadro 24 es que el ámbito de lo público muestra profundas fallas en su capacidad estructuradora de los senderos de emancipación y en su función de favorecer la estabilidad de las identidades en el proceso de transición. En la medida en que los referentes societales dados por la institucionalización de los roles públicos no operan eficientemente, la sociedad carece de uno de sus mecanismos más poderosos para la integración social.

Cuadro 19

Porcentaje de jóvenes emancipados y de jóvenes que trabajan, y número promedio de hijos y promedio de edad, según sexo, nivel socioeconómico y tipos construidos */

Sexo, nivel socio-económico y tipos construidos	Jóvenes emancipados %	Jóvenes que trabajan %	Promedio de hijos	Promedio de edad
Hombres, nivel bajo, prematuros	0.399	0.613	0.26	22.2
Hombres, nivel bajo, consistentes	0.062	0.137	0.02	17.4
Hombres, nivel bajo, tardíos	0.397	0.367	0.18	22.7
Mujeres, nivel bajo, prematuros	0.704	0.343	0.59	22.7
Mujeres, nivel bajo, consistentes	0.102	0.119	0.08	17.0
Mujeres, nivel bajo, tardíos	0.442	0.111	0.35	22.3
Hombres, nivel alto, prematuros	0.333	0.878	0.19	23.1
Hombres, nivel alto, consistentes	0.013	0.361	0	18.9
Hombres, nivel alto, tardíos	0.209	0.802	0.04	25.0
Mujeres, nivel alto, prematuros	0.519	0.765	0.39	23.4
Mujeres, nivel alto, consistentes	0.058	0.345	0.05	19.2
Mujeres, nivel alto, tardíos	0.348	0.737	0.20	25.0
Total	0.329	0.522	0.23	21.7

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.
*/ Tipos construidos de acuerdo con la edad relativa de abandono de los estudios.

Cuadro 20
Auto-evaluación de los últimos cinco años según sexo, nivel socioeconómico y tipos construidos */
(En porcentajes)

Sexo, nivel socio-económico y tipos construidos	Auto-evaluación		Total	
	Positiva	Negativa		
Hombres, nivel bajo, prematuros	20.9	79.1	100.0	(199)
Hombres, nivel bajo, consistentes	26.5	73.5	100.0	(60)
Hombres, nivel bajo, tardíos	4.5	95.5	100.0	(21)
Mujeres, nivel bajo, prematuros	24.2	75.8	100.0	(208)
Mujeres, nivel bajo, consistentes	32.0	68.0	100.0	(90)
Mujeres, nivel bajo, tardíos	27.6	72.4	100.0	(50)
Hombres, nivel alto, prematuros	24.1	75.9	100.0	(200)
Hombres, nivel alto, consistentes	27.8	72.2	100.0	(137)
Hombres, nivel alto, tardíos	29.2	70.8	100.0	(71)
Mujeres, nivel alto, prematuros	19.3	80.7	100.0	(149)
Mujeres, nivel alto, consistentes	32.6	67.4	100.0	(153)
Mujeres, nivel alto, tardíos	27.9	72.1	100.0	(111)
Total	25.4	74.6	100.0	(1447)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.
*/ Tipos construidos de acuerdo con la edad relativa de abandono de los estudios.

Cuadro 21
Índice de participación según sexo, nivel socioeconómico y tipos construidos */
(En porcentajes)

Sexo, nivel socio-económico y tipos construidoss	Participación			Total	
	Ninguna	Media	Alta		
Hombres, nivel bajo, prematuros	44.7	34.3	21.0	100.0	(199)
Hombres, nivel bajo, consistentes	23.8	37.9	38.3	100.0	(60)
Hombres, nivel bajo, tardíos	44.4	26.7	28.9	100.0	(21)
Mujeres, nivel bajo, prematuros	66.2	28.2	5.6	100.0	(208)
Mujeres, nivel bajo, consistentes	50.5	31.5	18.0	100.0	(90)
Mujeres, nivel bajo, tardíos	45.1	29.5	25.5	100.0	(50)
Hombres, nivel alto, prematuros	36.2	42.1	21.7	100.0	(200)
Hombres, nivel alto, consistentes	30.9	38.2	30.9	100.0	(137)
Hombres, nivel alto, tardíos	19.7	39.6	40.7	100.0	(71)
Mujeres, nivel alto, prematuros	58.7	27.8	13.5	100.0	(149)
Mujeres, nivel alto, consistentes	37.0	36.9	26.1	100.0	(153)
Mujeres, nivel alto, tardíos	36.5	38.5	25.0	100.0	(111)
Total	43.6	34.8	21.7	100.0	(1447)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.
*/ Tipos construidos de acuerdo con la edad relativa de abandono de los estudios.

Cuadro 22
Referentes sociales según sexo, nivel socioeconómico y tipos construidos */
(En porcentajes)

Sexo, nivel socio-económico y tipos construidos	Quién lo representa mejor			Total
	Una asociación	Conjunto musical	Nadie	
Hombres, nivel bajo, prematuros	19.0	22.4	58.6	100.0 (199)
Hombres, nivel bajo, consistentes	21.5	38.3	40.2	100.0 (60)
Hombres, nivel bajo, tardíos	35.5	17.8	46.7	100.0 (21)
Mujeres, nivel bajo, prematuros	22.3	12.9	64.8	100.0 (208)
Mujeres, nivel bajo, consistentes	28.9	25.8	45.3	100.0 (90)
Mujeres, nivel bajo, tardíos	28.0	17.7	54.3	100.0 (50)
Hombres, nivel alto, prematuros	25.2	20.6	54.2	100.0 (200)
Hombres, nivel alto, consistentes	29.0	25.9	45.1	100.0 (137)
Hombres, nivel alto, tardíos	23.5	14.4	62.1	100.0 (71)
Mujeres, nivel alto, prematuros	27.7	10.3	62.0	100.0 (149)
Mujeres, nivel alto, consistentes	28.8	17.8	53.3	100.0 (153)
Mujeres, nivel alto, tardíos	34.3	6.7	59.0	100.0 (111)
Total	25.9	18.5	55.7	100.0 (1447)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.
*/ Tipos construidos de acuerdo con la edad relativa de abandono de los estudios.

Cuadro 23
Dedicación media de tiempo para mirar TV y para no hacer nada, según sexo, nivel socioeconómico y tipos construidos */
(en minutos por día)

Sexo, nivel socio-económico y tipos construidos	Tiempo para mirar TV	Tiempo para no hacer nada
Hombres, nivel bajo, prematuros	156	43
Hombres, nivel bajo, consistentes	156	70
Hombres, nivel bajo, tardíos	143	84
Mujeres, nivel bajo, prematuros	158	42
Mujeres, nivel bajo, consistentes	165	39
Mujeres, nivel bajo, tardíos	89	45
Hombres, nivel alto, prematuros	126	35
Hombres, nivel alto, consistentes	108	46
Hombres, nivel alto, tardíos	81	29
Mujeres, nivel alto, prematuros	110	29
Mujeres, nivel alto, consistentes	101	55
Mujeres, nivel alto, tardíos	85	20
Total	126	41

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo, en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.
*/ Tipos construidos de acuerdo con la edad relativa de abandono de los estudios.

Cuadro 24
Auto-evaluación negativa de desempeño en dimensiones seleccionadas, según sexo, nivel socioeconómico y tipos construidos */
(En porcentajes)

Sexo, nivel socioeconómico y tipos construidos	Trabajo	Ingresos	Estudios	Hogar	Seguridad personal	Libertad personal	Recreación	Futuro	Total
Hombres, nivel bajo, prematuros	81.2	73.3	58.4	63.3	70.1	37.5	20.9	61.3	(199)
Hombres, nivel bajo, consistentes	71.5	64.1	47.3	62.5	66.0	17.6	11.3	49.2	(60)
Hombres, nivel bajo, tardíos	91.1	95.7	49.7	63.3	91.2	14.5	21.9	72.2	(21)
Mujeres, nivel bajo, prematuros	77.7	69.5	55.6	66.9	74.8	41.8	26.9	63.0	(208)
Mujeres, nivel bajo, consistentes	73.2	59.1	48.2	56.8	65.9	26.8	21.9	52.6	(90)
Mujeres, nivel bajo, tardíos	68.8	70.6	48.8	66.5	77.9	7.4	12.8	63.6	(50)
Hombres, nivel alto, prematuros	78.0	73.3	56.8	67.4	75.8	19.2	22.4	63.4	(200)
Hombres, nivel alto, consistentes	65.4	62.4	44.3	47.9	64.5	12.8	7.0	48.4	(137)
Hombres, nivel alto, tardíos	60.3	59.1	52.4	45.9	52.4	11.7	13.1	45.9	(71)
Mujeres, nivel alto, prematuros	73.0	74.1	59.9	70.0	77.6	37.7	28.3	62.8	(149)
Mujeres, nivel alto, consistentes	60.8	67.6	45.5	55.1	64.2	15.6	16.5	45.6	(153)
Mujeres, nivel alto, tardíos	68.8	69.0	41.1	54.3	73.9	14.1	15.3	47.0	(111)
Total	72.6	69.1	52.1	60.9	70.7	25.0	19.5	56.5	(1447)

Fuente: CEPAL, Oficina de Montevideo en base a la II Encuesta de Juventud, 1996.
*/ Tipos construidos de acuerdo con la edad relativa de abandono de los estudios.

VIII. SÍNTESIS Y CONSIDERACIONES FINALES

1. El estudio del proceso de emancipación de los jóvenes constituye una de las aproximaciones más fecundas para conocer las formas mediante las cuales se reproduce la sociedad. Puesto que las estructuras sociales se generan y regeneran a través de la sustitución permanente de una generación por otra, el examen de las generaciones en sus primeras fases de emancipación es un campo de exploración privilegiado desde el cual examinar los patrones de reproducción y cambio de la sociedad. Esto es así porque durante las primeras fases de la emancipación juvenil, las decisiones iniciales que el joven adopta en su proceso de independización tienen profundos efectos sobre sus chances de bienestar posterior.

Este tipo de efectos no es, ciertamente, una particularidad exclusiva de las cohortes jóvenes. En cualquier etapa del ciclo de vida ocurre lo mismo. Pero las decisiones adoptadas en las edades más jóvenes determinan la configuración "fundante" del individuo y de la familia, a partir de la cual continuará su trayectoria posterior hacia la vida adulta. En este sentido, puede afirmarse que el mundo adulto es, en gran medida, resultado de las configuraciones y experiencias de sus miembros durante la etapa juvenil.

2. Como las dimensiones de la emancipación son muchas, quedó fuera de cualquier posibilidad efectuar un análisis medianamente exhaustivo. No obstante, parece ser que existe un conjunto de factores cuyo impacto posee mayor perdurabilidad sobre las condiciones subsiguientes dentro de las cuales el joven deberá resolver y decidir su futuro desempeño. Algunas de estas dimensiones pertenecen a la esfera pública, otras a la privada. La extensión del período en que el joven está expuesto al sistema educativo, la medida en que la experiencia laboral favorece o desfavorece su aprendizaje y crecimiento profesional, la constitución de su propia familia y la decisión de tener hijos, se cuentan entre las principales opciones que tienen efectos decisivos sobre las condiciones bajo las cuales operará luego la transición durante su curso de vida.

La mayor parte de las decisiones que conducen a determinada configuración individual o familiar en las primeras fases de la emancipación no son fácilmente reversibles. Cuando lo son, implican costos de diversa naturaleza y magnitud. Hay sin embargo, notables diferencias individuales con respecto a la capacidad de cambio y reversión, lo que sugiere la necesidad de insistir en el carácter condicionante y no determinante de las primeras experiencias de emancipación. Por esta razón, si se quiere instrumentar

políticas especialmente dirigidas a los jóvenes, es importante conocer las condiciones bajo las cuales se puede favorecer la reversión de situaciones socialmente desventajosas.

3. Las condiciones en que el joven se emancipa dependen también de ciertos activos que puede movilizar. En este sentido, el tipo de "capital social" que se apoya en la trama de relaciones familiares, es uno de los activos más importantes en las primeras etapas de la emancipación. Tales activos se encuentran distribuidos diferencialmente según la estratificación social y su disponibilidad afecta la capacidad de movilizar recursos ante las subsecuentes decisiones que los individuos deben adoptar a lo largo de su vida. En este sentido, durante las primeras etapas de la emancipación juvenil, no sólo importa tener en cuenta las decisiones que lo llevan a asumir nuevos roles y abandonar otros, sino que interesa igualmente la forma en que lo hacen. Hay arreglos múltiples mediante los cuales los jóvenes pueden resolver sus problemas, por ejemplo, su situación habitacional o el cuidado de sus hijos. Como lo muestra un estudio antecedente de la CEPAL sobre del acceso de los jóvenes a la vivienda -aspecto crucial que determina el tipo de configuración inicial de la emancipación- los diferentes arreglos dependen sobre todo del capital social que el joven puede movilizar a partir de su familia de origen.

4. El análisis realizado en este trabajo revela, por una parte, los patrones básicos de emancipación que siguen los jóvenes en su tránsito hacia la vida adulta. Por otra parte, examina algunas de las consecuencias comportamentales y actitudinales que se asocian a dichos patrones. Su carácter exploratorio, referido a un tema que no ha tenido suficiente desarrollo en estudios antecedentes, sugiere la conveniencia de insistir en esta línea de análisis como forma de aportar información relevante para el diseño de políticas.

a. Una de las evidencias más importantes del estudio se refiere al elevado grado de insatisfacción y escepticismo general que caracteriza a los jóvenes entrevistados. La evaluación que hacen sobre su experiencia más reciente mediante la comparación de su situación actual en relación a cinco años atrás, apenas cuenta con poco más de un 25 por ciento de respuestas positivas. También es bajo el porcentaje de quienes creen que el esfuerzo personal reditúa. Únicamente la mitad de los entrevistados afirman positivamente que sí lo hace.

El grado de pesimismo y de insatisfacción se asocia a otras opiniones y comportamientos, demostrando que la variación mayor está relacionada con las características socioeconómicas de los jóvenes y en particular con los senderos de emancipación adoptados.

b. El examen de los senderos de emancipación ha permitido apreciar la vigencia de dos modelos extremos de emancipación; uno, correspondiente a los jóvenes de nivel bajo, y otro, al nivel alto. Las características más señalables que los distinguen se encuentra en: i. el carácter temprano en que los jóvenes del primer nivel constituyen la familia y tienen hijos; ii. en el abandono del sistema escolar a edades más jóvenes que los de nivel alto; y, iii. en la incorporación más rápida de los varones de nivel bajo al mercado de trabajo. En el nivel alto, todos estos cambios de roles se posponen en correspondencia con un modelo que apuesta a la capacitación dentro del sistema educativo y al diferimiento de compromisos familiares, como forma de acumular activos y mejorar las chances de desempeño futuro.

c. Cada uno de los dos modelos presentan configuraciones actitudinales, opiniones y comportamientos consistentes y opuestos. En el nivel socioeconómico bajo, predominan altos niveles de aislamiento, pocos referentes de identificación, alto grado de pasividad, y la evaluación más negativa con respecto a su situación actual en comparación a cinco años atrás y sobre la relación esfuerzos-logros. En este estrato en particular, las familias se constituyen en situación de extrema vulnerabilidad social y sin condiciones de acumular capital social. Esta configuración tipifica un caso claro de potencial reproducción intergeneracional de la pobreza y sugiere como uno los más probables desenlaces la caída gradual hacia la condición de marginalidad.

En el análisis se discutieron también los problemas de integración de la pareja fruto de la persistencia de configuraciones valorativas diferentes entre varones y mujeres con respecto a los roles de género. A partir de esta discusión se caracterizó la problemática particular de la emancipación en el caso de los hombres y las mujeres de nivel bajo.

d. En un segundo apartado, se estudiaron los efectos que tiene la secuencia de roles. El análisis buscó investigar los efectos que tiene el grado de integración relativa del joven en la estructura social, en materia de opiniones y comportamientos. Centrado en la consideración conjunta de los roles públicos en la esfera laboral y en el sistema educativo, se examinaron las cuatro combinaciones resultantes de las dicotomía trabaja-no trabaja, estudia- no estudia. El análisis identificó situaciones de extremo aislamiento estructural (jóvenes que han dejado el sistema escolar y no trabajan) y examinó la configuración negativa de comportamientos y actitudes asociadas. Para ello, se confrontó esta configuración con las otras tres correspondientes a los jóvenes integrados: i. los que asisten al sistema educativo y trabajan, ii. los que

sólo trabajan y, iii. los que se mantienen dentro del sistema educativo sin trabajar.

Tres evidencias se discutieron en este análisis: i. la proporción de jóvenes que se encuentran en condiciones de retraimiento de los roles públicos alcanza a ser una proporción considerable del total de jóvenes, algo más de la quinta parte; ii. el 80% de los mismos pertenecen al nivel bajo; iii. entre los jóvenes más integrados (trabajan y estudian), las evaluaciones subjetivas y los comportamientos son notoriamente los más favorables de entre todos los jóvenes: activismo, alta participación, integración, menor pesimismo, más confianza en el esfuerzo personal y referentes societales fuertes. No obstante, este patrón de respuestas es propio de los jóvenes de nivel social más alto; los de nivel bajo que se han incorporado al mundo laboral y siguen en el sistema escolar, muestran las dificultades de encontrar en el ámbito de lo público, referentes societales fuertes capaces de estructurar de manera consistente su proceso emancipatorio.

e. Por último, se estudiaron las consecuencias de los cambios de roles cuando ello ocurre fuera de las edades promedio en que lo hace su cohorte. El adelanto o rezago relativo de la edad es uno de los factores que tiene efectos más perdurables sobre el desarrollo futuro. Por esta razón, fueron examinados los efectos que tiene el cambio de roles cuando se producen en edades diferentes al promedio de edad en que lo hacen los jóvenes del mismo nivel social de su cohorte. Se examinó el carácter desviado de estas configuraciones y se identificaron las diferencias que hacen que algunas de ellas contribuyan a un desarrollo subsiguiente positivo y otras que tienen efectos contrarios.

5. Independientemente de cada análisis particular y supuestos otros factores constantes, el estudio realizado revela que el principal factor que debe observarse al examinar las chances diferenciales de vida tiene que ver con la edad en que se producen los cambios de roles. Esta afirmación es válida tanto para la edad absoluta de los jóvenes como para la edad relativa respecto a su cohorte. Como los roles son múltiples, es más correcto hablar de la combinación de roles respecto a cada edad.

El mayor grado de desesperanza, insatisfacción y paralización personal de cierto sector de jóvenes urbanos de nivel bajo, está asociado al adelanto absoluto y relativo de la edad en que se tienen los hijos y se forma la familia en condiciones de extrema precariedad que reproducen la configuración de sus familias de origen. Pero también, son semejantes las consecuencias cuando se produce el retiro temprano del joven del sistema escolar, agravado cuando no

se asume ningún rol en la esfera del trabajo, o cuando se ingresa prematuramente a empleos que no tienen ningún efecto de capacitación en el propio trabajo.

Por detrás de estas consideraciones, debe reconocerse que las tendencias más generales de largo plazo han prolongado en el tiempo el camino educativo. Pero no se ha alargado corrrelativamente el camino hacia la formación de pareja y familia, ni se han reducido las presiones por incorporarse tempranamente al trabajo.

6. Sin desmedro de otras consideraciones, de acuerdo a lo referido en los puntos precedentes, las políticas dirigidas a mejorar las condiciones de emancipación de los jóvenes pueden actuar en dos sentidos. Por una parte, pueden dirigirse a incidir sobre los factores que condicionan las decisiones que configuran la secuencia de roles. Por ejemplo, actuar sobre las edades en que se producen los cambios si se entiende que no son las más adecuadas. En segundo término, pueden orientarse a mejorar y apoyar a los jóvenes en condiciones de mayor precariedad o desorientación a partir de situaciones ya consolidadas. En el primer caso, se busca favorecer que el ciclo negativo no tenga condiciones de iniciarse o que la configuración inicial no sea extremadamente precaria. En el segundo caso, se trata de actuar sobre un proceso en desarrollo para favorecer una reversión o atenuación del ciclo.

a. Los mecanismos que conducen a la fijación de senderos emancipatorios obedecen a fuertes condicionantes estructurales. En el estudio se hizo referencia a dos en particular: el origen social de los jóvenes y la presencia de configuraciones ideológicas o modelos de roles masculinos y femeninos. A propósito, se destacó que no es fácil actuar sobre ciertos comportamientos sociales que están poderosamente articulados con otros procesos de la estructura social. Por ejemplo, el cambio de la edad en la formación de la familia o en la tenencia de hijos. Otros comportamientos sin embargo, parecen ser más permeables a acciones concretas. La prolongación de los estudios mediante la expansión de ciclos (básico) o de la educación preescolar, el estímulo a la capacitación en el trabajo, la apertura de nuevas alternativas educativas motivadoras, etc.

Algunas alternativas de políticas mencionadas por Kaztman (1996) en su estudio sobre la marginalidad, son estrategias que pueden atenuar en ciertas condiciones particulares el adelanto negativo de la edad en que se asumen nuevos roles. El embarazo adolescente o la condición de la madre soltera puede ser contrarrestado por políticas educativas en materia de educación sexual, sensibilización sobre los roles de

paternidad y maternidad, y estímulo al diagnóstico precoz. En otro tipo de situaciones en que se forma la familia completa, con los dos cónyuges e hijos, en el contexto de modelos tradicionales de género, la posibilidad de dirigir acciones específicas es más dificultosa. No obstante, una alternativa posible es orientar la acción hacia una política educativa que pueda contribuir a estructurar y diferir opciones de casamiento y tenencia de hijos en edades muy tempranas. Para los jóvenes de nivel bajo y para las mujeres de ese nivel en particular, la atracción hacia carreras ocupacionales por la vía de una oferta educativa es un elemento importante de política a considerar aunque todo indica que las mayores rigideces provienen del orden ocupacional y de los ingresos.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo, una reserva particular sobre los efectos esperados del abandono del sistema educativo. De acuerdo a las evidencias de este estudio, la prolongación de los estudios del joven de nivel bajo, en edades mayores a las de su cohorte, no se asocia a una mayor satisfacción y optimismo con respecto a su situación. Más bien su evaluación es más negativa que la de los jóvenes que hacen otras opciones. Aparentemente, el sistema educativo del país logra constituirse en un referente positivo para los jóvenes pero no así sus resultados en materia de empleo. El eventual atractivo que puede tener un sistema educativo para producir efectos positivos sobre el diferimiento de otras opciones de roles, en particular en la esfera de lo privado, requiere una profunda transformación y adecuación de carreras y programas. Pero debe quedar claro sin embargo, que el sistema educativo no puede resolver "per se" problemas y rigideces propias de otras esferas institucionales como por ejemplo, el mercado laboral o la distribución el ingreso.

b. La segunda alternativa es actuar sobre situaciones plenamente o medianamente consolidadas. En este punto cabe considerar una gran diversidad de opciones en esferas muy diferentes. Uno de los problemas cruciales de la joven pareja está constituido por los costos del arriendo de la vivienda. El porcentaje del presupuesto familiar que la familia joven dedica al arriendo es promedialmente, un 60 por ciento más alto de lo que paga una familia constituida por adultos. En el país, a pesar de la existencia de planes habitacionales que se han adaptado para diferentes categorías de individuos, no existe un programa específico adecuado a la condición juvenil. En el tema vivienda se repite un problema más general de la orientación de las políticas sesgadas favorablemente hacia la población de la tercera edad. Esto ha conducido por ejemplo, a que la pobreza sea predominantemente un problema de la familia joven con hijos y, consistentemente, existan políticas

habitacionales para personas retiradas o jubiladas pero no para los jóvenes.

Las guarderías infantiles y la expansión de los preescolares es otra alternativa importante de apoyo a la familia joven carenciada, así como reformas que están en marcha en materia de atención a la salud. No obstante, si se quiere cortar o revertir el proceso cíclico acumulativo de la reproducción de la pobreza, se hace necesario una política integral de sostenimiento de la familia joven acorde a su proceso particular de emancipación. Todo lo discutido hasta aquí, recomienda que la acción de políticas debería actuar en el momento en que su eficacia es mayor y cuando todavía es posible evitar la cristalización de situaciones que reproducen los patrones de precariedad e inequidad social.

7. Finalmente, se hizo referencia en un pasaje del trabajo, a las características del momentos histórico en que los jóvenes de la generación actual nacieron y se socializaron. Se llamó la atención sobre un hecho relativamente obvio: los jóvenes que hoy tienen entre 15 y 29 años nacieron en el momento en que moría el modelo de país que había tenido vigencia a lo largo del siglo. Unos más, otros menos, los jóvenes vivieron sucesivos períodos de estancamiento económico, inflación y regresión de la distribución del ingreso, fueron parte de la generación de la dictadura, vivieron el conflicto de la restauración democrática, de las etapas de la apertura y consolidación del sistema político, fueron partícipes de los intentos de reconversión productiva, de las políticas de estabilización y ajuste, y fueron testigos o protagonistas de los importantes flujos migratorios del período.

En mayor o menor medida, de acuerdo a su edad, los jóvenes han vivido las últimas fases de la restauración democrática, conocieron la normalización del juego y de la competencia propia de un sistema pluralista que ya lleva tres administraciones sucesivas, y en materia socioeconómica asisten a un proceso sostenido de crecimiento de la economía, reconversión del aparato productivo, mejoramiento de los índices de necesidades básicas, ligera disminución de la pobreza y persistencia de los problemas de empleo y seguridad laboral.

Por último, otras transformaciones socioculturales, que pueden ser entendidas como procesos seculares o de largo plazo, también han estado presentes y es de interés mencionarlas. El ámbito institucional en que crecieron los jóvenes y en el cual experimentaron su primera socialización sufrió modificaciones sustanciales. A diferencia de las cohortes precedentes, los jóvenes de hoy han crecido en hogares con mayor proporción de padres divorciados, separados, o convivientes. Al mismo tiempo, aumentó entre los jóvenes la tasa de los que nacieron de madre soltera, como consecuencia del

embarazo adolescente, y de los que nacieron bajo la condición de ilegitimidad. Con respecto a la integración de la familia, las nuevas cohortes provienen cada vez más de familias incompletas, monoparentales y de las que tienen por jefe del hogar a la mujer.

Adicionalmente, una de las transformaciones más importantes de la familia, examinada con más extensión en otro trabajo (Filgueira, 1996) consiste en la creciente incorporación de la mujer al mercado de trabajo y el debilitamiento del sistema familiar de aportante único ("breadwinner")[24]/. Todo indica que la magnitud en que creció en los últimos años la tasa de participación femenina, no se explica solamente por una tendencia secular ni por opciones adoptadas independientemente de presiones económicas. Con el deterioro de los salarios y del empleo en la fuerza de trabajo primaria, la participación creciente de la mujer en el mercado de trabajo -al igual que de otras categorías como los jóvenes y ancianos- fue uno de los mecanismos adaptativos más importante de las estrategias familiares de sobrevivencia. La tasa de participación femenina siguió una pauta procíclica de acuerdo a los vaivenes de la economía, y se asistió al mismo tiempo, a un rasgo nada frecuente en la composición de la PEA femenina por la cual un creciente porcentaje de las mujeres trabajadoras estaba compuesto por mujeres casadas y con hijos. El tránsito de un sistema familiar de aportante único al tipo de familia sustentada en el trabajo de ambos cónyuges tuvo consecuencias bien conocidas sobre la socialización de los hijos con los consecuentes problemas de atención, control y resentimiento de la frecuencia de interacción entre padres e hijos, sobre todo, en los sectores de población de los estratos bajos urbanos.

Pero si las transformaciones indicadas refieren al plano objetivo no son menos importantes sus efectos en el plano subjetivo. El clima que domina el período en el cual nacieron los jóvenes actuales, está dominado por el sentimiento de "desencanto" con el país y el reconocimiento más absoluto del fracaso de un modelo de sociedad y de Estado benefactor que había tenido vigencia a lo largo de casi toda la centuria[25]/. Pero también, el clima en el

---

[24]/ Véase, Filgueira, C.H., Sobre revoluciones ocultas: la familia en Uruguay, CEPAL, Oficina de Montevideo, 1996.

[25]/ El fuerte flujo migratorio hacia el exterior que se produce durante el mismo período es seguramente, una de las respuestas macrosociales más evidentes de ese desencanto. Otra evidencia, que interesa destacar en particular, es que el mismo sentimiento manifiestan los jóvenes cuando se les interroga sobre el grado de realización personal de los miembros de la generación adulta correspondiente a sus padres. De acuerdo a la Encuesta Nacional de la Juventud, las dos terceras partes de los jóvenes la consideraban una generación frustrada.

cual han crecido los jóvenes corresponde a la experimentación de un nuevo modelo económico, a las incertidumbres que el mismo trae aparejadas, y a la confianza -con frecuencia exagerada- sobre el poder de la democracia para resolver los problemas de índole socioeconómico.

En suma, es posible afirmar que la experiencia vital intransferible de cada cohorte a la que se hizo referencia en el apartado anterior, en el caso de la juventud actual se expresó en el hecho de haber sido al mismo tiempo testigo y partícipe de una de las mayores y más traumáticas transformaciones de la sociedad uruguaya. También parece razonable afirmar que a diferencia de otras cohortes precedentes, para la generación actual juvenil, son ahora más escasos los activos que han podido capitalizar en sus primeras experiencias socializadoras, tanto en la esfera privada de la familia como en otros órdenes institucionales de la sociedad. Si cada cohorte juvenil deberá desenvolverse en un mundo diferente a aquel en que fueron socializados, parece razonable asumir que el sendero de emancipación del joven hacia la vida adulta puede ser el primer y más inmediato campo de exploración de la relación entre la dinámica individual de la cohorte y la dinámica de la sociedad.

No hay ningún elemento de juicio que permita suponer que la generación joven de hoy ha tenido condiciones más favorables para su emancipación que las generaciones anteriores. Más aún si se consideran las importantes transformaciones estructurales que vienen resintiendo las funciones básicas de la institución familiar y las redes de apoyo comunitario, así como los problemas de empleo asociados a los nuevos parámetros de la economía mundial y el proceso continuo de crecimiento de las expectativas y aspiraciones de consumo.

Si desde el ámbito de lo público no se generan condiciones favorables para que la educación, el empleo y los ingresos operen como elementos estructuradores de la transición emancipatoria, es difícil imaginar una reversión de los procesos de reproducción de la pobreza que se trasmiten sobre todo en las primeras etapas de constitución de la familia.

ANEXO

1. Emancipación y autonomía: algunos problemas conceptuales

La Encuesta Nacional de Juventud constituye el único antecedente importante a partir del cual se construyeron los tipos -o condiciones- de emancipación, se testaron las categorías y se examinó su validez. Por esta razón, para el diseño conceptual y operativo del presente trabajo, fueron adoptados criterios similares que es necesario precisar.

Con respecto a la dimensión emancipación, la tipología permite caracterizar y diferenciar de manera válida y confiable, entre aquellos jóvenes que mantienen su condición de solteros, y los que han formado una nueva unidad familiar. El criterio distintivo es, en este caso, unívoco y unidimensional.

En relación a la dimensión autonomía, se presentan en cambio, algunos problemas que no pueden ser resueltos plenamente por la información generada en los estudios de juventud. El criterio distintivo es, en este caso, la autonomía medida por la co-residencia con la familia de origen o bien con otra familia con la cual existen lazos de parentesco. Para que tenga plena validez el concepto de autonomía referido a una sola dimensión, es necesario asumir dos premisas: la primera, que tal configuración implica cierto grado de independencia de la pareja (básicamente económica) en relación a su familia de origen; la segunda que la perduración del nexo residencial, es condición suficiente para caracterizar todas las formas de dependencia posible con la familia de origen o de pertenencia. Ninguno de estos supuestos son del todo correctos y no se pretende que lo sean.

Las situaciones de los jóvenes emancipados autónomos o independientes autónomos, tal como se definen aquí, no excluyen necesariamente otro tipo de relaciones de dependencia o intercambio del joven con su familia de origen, correspondientes a lo que se ha denominado como "capital social". Por lo menos hay seis tipos de evidencias que sugieren la existencia frecuente de lazos familiares extendidos (relaciones interfamiliares de unidades residenciales separadas), que operan como verdaderas redes de apoyo mutuo y ayuda a la familia recién constituida o al joven independiente. No es necesario que medien situaciones de co-residencia para que haya relaciones de intercambio familista. Por lo pronto, operan entre otras relaciones:

- La contribución monetaria, continua o esporádica, de los padres, abuelos u otros parientes, durante las primeras fases de conformación de la nueva unidad familiar compuesta por sus descendientes.

- El apoyo prestado en materia de ayuda a través de bienes materiales o aportes monetarios focalizados hacia la solución de la vivienda de la joven pareja (arriendo o compra), aporte a la educación de los hijos (pago de colegios privados), préstamos, garantías, hipotecas, etc.

- Cierto tipo de ayuda, plenamente incorporada a la lógica del intercambio familiar, como el apoyo económico prestado a los "hijos independientes", en oportunidad de la realización de estudios universitarios. Los estudios realizados en los Estados Unidos, muestran estos patrones de ayuda. En el Uruguay, la residencia en Montevideo de los estudiantes del interior del país, es solventada, frecuentemente, total o parcialmente por su padres.

- Hay también prestaciones en servicios que no pueden evaluarse en términos económicos. La proximidad residencial, muchas veces intencional, permite que miembros de la familia de origen u otros parientes, desempeñen un papel de importancia en la cobertura de ciertas necesidades de los jóvenes emancipados (por ejemplo, cuidado de los hijos, preparación de alimento, etc)

- El tipo de ayuda inter-familiar que se registra con motivo de la emigración internacional (remesas), o como consecuencia del distanciamiento físico.

Es muy poco lo que se sabe acerca de este tipo de patrones de ayuda entre miembros de la familia que no conviven en una misma unidad. No hay estudios suficientes y, por otra parte, existe una fuerte normativa social conducente a que tales intercambios adquieran un carácter secreto o vergonzante. Se asume que la familia debe ser autosuficiente. Ello dificulta notoriamente las formas de abordaje del problema.

Es sabido, sin embargo, que la ayuda mutua entre miembros de redes de parentesco se mueve en diferentes direcciones y depende de los ciclos familiares. En particular, cuando se forma la nueva familia y cuando la misma se enfrenta al nacimiento y crianza de sus hijos. Estos dos momentos son particularmente críticos para la familia en formación, dada la relación entre

gastos y egresos, en condiciones en que los ingresos de los jóvenes no son suficientes o apenas cubren las necesidades propias del ciclo de vida [26]/.

Se ha señalado también, que los jóvenes de clase media y media alta que se emancipan, están expuestos a una mayor caída relativa de sus niveles de vida, precisamente por perder los privilegios de su pertenencia a la familia de origen y tener que enfrentar condiciones de descenso de los ingresos propios en la fase inicial de su entrada a la vida laboral. Por lo tanto, no es necesariamente en los sectores sociales más bajos donde se requiere el mayor apoyo de la red de parentesco. En los niveles más altos, la ayuda familiar parece orientarse más al apoyo económico discreto y focalizado sobre ciertos bienes correspondientes a necesidades propias del ciclo familiar inicial, que al complemento regular y continuo de una parcela de los gastos cotidianos de la nueva pareja.

Adicionalmente, los estudios realizados han demostrado que la distancia física no es un impedimento para que estas redes de relaciones familistas operen en forma efectiva.

En suma, puede afirmarse a partir de los elementos que surgen de las consideraciones precedentes, que la tipología de emancipación-autonomía permite distinguir de manera aproximada los diferentes grados en los cuales el joven es efectivamente autónomo de su familia de origen o de pertenencia. Estas consideraciones sugieren además, la conveniencia de enfatizar más la distinción de "emancipación" que la de "autonomía".

2. Evidencias sobre las condiciones de emancipación

Cuando se observa la distribución de las condiciones de emancipación tal como fueron indicadas en el Capítulo II, sin perjuicio de las ligeras variaciones registradas entre Montevideo e Interior urbano, las tres primeras categorías agregan para todo el país, un total de 88.2% de la juventud total encuestada. A la vez, más de la mitad de los jóvenes pertenecen a la categoría de Solteros, y una cuarta parte a la de Emancipados autónomos; en total 81.6%.

Los jóvenes que se han emancipado pero permanecen en alguno de sus hogares de origen son el 6.6% del total; representan, por lo tanto, la quinta

---

[26]/ Al respecto, véase Litwak E. y Szelenyi, "Parentesco y otros grupos primarios", y Turner C. "La significación social del parentesco", ambos en Anderson (Ed), op. cit., 1980.

parte de todos los emancipados (6.6% en aproximadamente 31%). O sea que el proceso de emancipación, tal como se ha definido, es esencialmente de carácter autónomo.

En relación a los jóvenes clasificados como independientes, ellos suman tan sólo el 7.1% del total. Ténganse en cuenta que por independiente se entiende a jóvenes no-emancipados que no residen en su hogar de origen. De este 7.1%, las tres cuartas partes son no-autónomos (es decir residentes en hogares con familiares aunque no con su familia de origen), el cuarto restante son los que abandonaron el hogar de origen y no se casaron. Si bien su significación porcentual es casi despreciable, tal hecho es conceptualmente relevante. En innúmeros países (especialmente los desarrollados) la proporción de jóvenes que dejan el hogar no por razones matrimoniales es notoriamente más alta. En el Uruguay el joven que no forma pareja no deja el hogar de origen.

En síntesis, tanto por razones sustantivas como por la distribución estadística, pareció aconsejable adoptar ciertas decisiones. En primer lugar, dadas las evidencias teóricas y empíricas acerca de la dudosa distinción entre emancipados autónomos y no autónomos -según criterios exclusivamente residenciales- se ha optado por trabajar predominantemente con ambas categorías agregadas. Sólo excepcionalmente fueron efectuadas desagregaciones entre los jóvenes emancipados. Tal opción se apoya también en el bajo número de casos existente en la última categoría.

En segundo lugar, el estudio no considera la categoría de "independientes" por razones similares. La proporción de jóvenes independientes autónomos es mínima, 1.6% del total de casos, y la información no podría tratarse en la metodología aquí utilizada. Por su parte los jóvenes independientes no-autónomos se reducen al 5.5% del universo y presentan una alta heterogeneidad de situaciones de residencia y vínculos de dependencia familiar. Una versión simplificada de las distribuciones de la Encuesta Nacional de Juventud -que no considera los jóvenes independientes no-autónomos así como otras categorías sin especificar- permite apreciar las diferencias:

(en porcentajes sobre el total)	Solteros	Casados
Viven en el hogar de origen:	53.0%	6.6%
Viven en hogar independiente:	1.6%	25.3%

En suma, quienes no se casan permanecen en los hogares de origen. Los casos desviados son pocos y heterogéneos. Por su parte, el resto de los jóvenes se casan y abandonan el hogar paterno. Al formar pareja, una proporción minoritaria mantiene la residencia de origen.

NACIONES UNIDAS